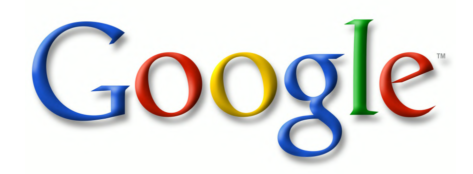


DISCURSOS

LEIDOS ANTE

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DE DON MANUEL SILVELA

EL DIA 25 DE MARZO DE 1871.



MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.

1871.


TAYLOR INSTITUTION
DOMI NUS ILLU
MINA TIO MEA



DISCURSOS

LEIDOS ANTE

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DE DON MANUEL SILVELA

EL DIA 25 DE MARZO DE 1871.

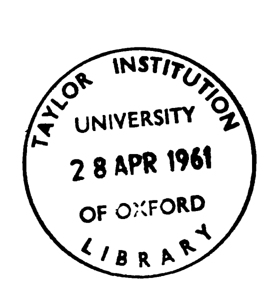


MADRID,

IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,

calle del Duque de Osuna, número 3.

1871.



A mi muy querido amigo
Ant.º A. Moreno
Manuel Silvela

DISCURSO DE D. MANUEL SILVELA.

DE LA INFLUENCIA EJERCIDA EN EL IDIOMA Y EN EL TEATRO ESPAÑOL POR LA ESCUELA CLÁSICA, QUE FLORECIÓ DESDE MEDIADOS DEL POSTRER SIGLO.

SEÑORES:

El alto honor que me dispensa la Academia Española al acogerme en su seno, excita en mí un vivo afecto de gratitud, sin el más leve impulso de engreimiento.

Ni un solo instante he dudado acerca de lo que, en mi sentir, significa distincion tan inmerecida.

Deseoso este ilustre Cuerpo de demostrar que tambien rige en la república literaria lo que los jurisconsultos llaman derecho de representacion; y comprendiendo cuánto es digno de estimularse el no interrumpido culto tributado por tres generaciones, dentro de una misma familia, á la hermosa lengua castellana, en la tribuna, en el foro, en las aulas y en la prensa, ha venido á premiar con mi eleccion, más bien que personales propósitos de laboriosidad, merecimientos heredados. La Providencia, á quien sin cesar bendigo, me favoreció con un padre, cuyo incesante anhelo fué allanarme con sus lecciones los escabrosos sen-

deros de la vida. Desde las nociones de la idea religiosa y los principios de la más austera moral en la infancia, hasta la revelacion, dolorosa, pero conveniente, de los artificios del mundo en la edad de las pasiones; desde la exposicion rudimentaria de los orígenes del saber, hasta la más elevada generalizacion de la ciencia, todo lo debo al que me estimulaba á la aplicacion, buscaba incentivos que me aficionasen al estudio, y si alguna vez me asaltaba el desaliento, ponía ante mi vista por espejo la memoria de su propio padre.

En la tierna edad, en que del estudio solo se sienten las asperezas, y en que el libro de texto nos parece el tirano de nuestra existencia, aprendí con placer y con cierto orgullo en la *Historia antigua hasta los tiempos de Augusto*, de mi docto abuelo (así le calificó Moratin), D. Manuel Silvela, la serie de grandiosos hechos que constituyen la civilizacion antigua, modificada despues por la revolucion, á la vez que religiosa, moral y política, del cristianismo. En su *Compendio histórico de la literatura española* cobré amor á las letras; sus *Noticias biográficas* despertaron mi interes hácia nuestros grandes ingenios; en su *Biblioteca de Autores Españoles*, llevada á término en las angustias de la emigracion, hallé ocasion de estudiar y admirar los mejores modelos del buen decir; y por último, en sus *Obras literarias* encontré amena y provechosa lectura [1].

Emprendida la carrera del Derecho, más que por vocacion, por consejo de mi amadísimo padre, D. Francisco Agustin Silvela, hallé ocasion natural de aprender en sus *Estudios prácticos de administracion* (punto de partida de los demas tratados, y áun de las leyes hechas en la ma-

teria) esa ciencia de los tiempos modernos, que, en verdad, no podía desarrollarse en épocas antiguas, en que los ciudadanos delegaban todos sus derechos y, lo que es peor, no pocos de sus deberes, en un monarca absoluto.

En el tratado *De la pena capital*, en su *Proyecto de ley de procedimiento del Senado como tribunal de justicia*, en sus numerosos trabajos sobre recursos de casacion y en otros, áun inéditos, completé mis estudios jurídicos, y bajo su direccion entré de lleno en las nobles y brillantes tareas del foro.

En la enumeracion de las obras de estos dos varones (si no de preclaro y extraordinario ingenio, dignos al ménos, por su celo y sus luces, de figurar en el catálogo de los hombres útiles á su patria) he andado acaso un tanto prolijo; mas sírvame de excusa que considero sus desvelos como los únicos títulos que han podido hacer se fije en mí este docto Cuerpo; y perdónenme si en ocasion tan solemne, de la propia manera que en todos los instantes prósperos de mi vida, dedico, con los ojos arrasados en lágrimas, un recuerdo de filial ternura al que, al darme la existencia, me consagró la suya por entero.

Satisfecho este impulso de mi alma, tiempo es de que cumpla el primer deber que vuestra eleccion me impone: el elogio del Dr. Seoane, afamado en las ciencias médicas; autor, en tiempos de verdadero candor político, del célebre folleto *La Exaltacion y los exaltados;* insigne diputado de las Córtes de Cádiz; fundador de la acreditadísima revista inglesa, *El Ateneo*, y autor del *Diccionario anglo-hispano y español-inglés*, que alcanzó nueve ediciones; Consejero de Instruccion pública, de Sanidad y de Beneficencia; indivi-

duo de la Academia de Ciencias Naturales y de la Sociedad Económica Matritense, merecería formar el tema exclusivo de mi discurso, si recientemente pluma mejor cortada que la mia no lo hubiese escrito con tanta delicadeza como ternura, y publicádolo en las *Memorias* de la ACADEMIA. Vano empeño sería aspirar á competir con el docto y elegante panegirista del Sr. D. Mateo Seoane[2]; y no ménos innecesario que vano, dado que este varon insigne, en los veintinueve años que ocupó la silla ilustrada por Cienfuegos, acreditó su nombradía científica y su reputacion de lexicógrafo eminente, en términos que hacen tan irreparable su pérdida para las letras, como dolorosa para los que pudieron, en la intimidad del trato, apreciar las nobles prendas de su alma.

Fué el doctor Seoane uno de los muchos ingenios que, desde el agitado campo de la política y desde el vasto terreno de la ciencia, vinieron á dar eficaz impulso á las letras españolas.

Igual es mi procedencia, aunque menor, incomparablemente, mi importancia. Tambien yo he pasado mis mejores años en los elevados, pero áridos estudios de la ciencia del Derecho; tambien he gustado los pasajeros goces, y las amarguras sin cuento, y los azares sin término de la vida política; y tambien vengo hoy gozoso al apacible campo de la literatura, á que me inclinaron siempre mis tranquilos deseos y las irresistibles tendencias de mi espíritu.

Dando tregua á los graves estudios del foro, procurando olvidar los acontecimientos políticos que conmueven el orbe, dejando á un lado las preocupaciones que me asaltan acerca del porvenir, hoy tan oscuro, de esta patria querida, me propongo disertar ligeramente ante esta ilustrada Asam-

blea, acerca *de la influencia ejercida en el idioma y en el teatro español por la escuela clásica, que floreció desde mediados del postrer siglo.*

Negar en absoluto el benéfico influjo de una escuela en que figuran como escritores Cadahalso, Meléndez Valdes, Jovellanos, Iriarte, Cienfuegos y Moratin, y como preceptistas y críticos Luzan, Mayans y Capmany, fuera un absurdo, en que nadie, que se precie de amante de las letras, ha podido todavía incurrir; pero es indudable que, á consecuencia de la revolucion literaria, llevada á cabo por la escuela romántica que se enseñoreó de España desde 1835, se han desconocido los servicios prestados á la ilustracion patria por los llamados clásicos, contra quienes se han dirigido cargos, que áun subsisten, y que con facilidad pasmosa se reproducen sin reflexion ni crítica.

Ante todo, hay que establecer una completa separacion entre las enseñanzas de la escuela clásica, en lo que hace relacion á la poesía lírica, á las composiciones en prosa, al lenguaje en general, á las formas externas del pensamiento humano, y en lo que se refiere á la teoría sentada por la misma escuela en cuanto al teatro.

Por lo que hace al primer extremo, los servicios prestados por los escritores que ilustraron el reinado de Cárlos III y florecieron en el de Cárlos IV son punto ménos que indiscutibles.

En cuanto á los preceptos de la dramática, ofrece, sin duda, márgen á abundante controversia el prurito de aclimatar en nuestro suelo la exótica planta de la tragedia, y se presta á justa censura el fervoroso y rígido culto tributado á las famosas tres unidades, sin que por esto sea mere-

cedora aquella escuela de los severos cargos de muchos escritores modernos, que, en su exagerado encono, llegan, como llegó el erudito D. Agustin Durán, hasta imputarle la decadencia de nuestro teatro.

Para vindicar en mucha parte á los clásicos del largo capítulo de cargos que en su daño se han formulado, basta restablecer la verdad histórica, con deplorable frecuencia olvidada en nuestras contiendas literarias.

No parece, en efecto, cuando se escuchan ciertas declamaciones, sino que á nuestro siglo de oro sucede sin solucion de continuidad el reinado de Cárlos III; no parece sino que al fenecer el brillante período de Garcilaso, Herrera, Cervántes y Lope, vinieron los clásicos, preceptistas ó escritores, á atajar el vuelo majestuoso de la inspiracion española, ahogándola con el dogal de reglas impertinentes. Se olvida demasiado, al juzgar en nuestros tiempos la restauracion clásica, llevada á cabo en el siglo XVIII, el estado de abatimiento, de postracion, de mal gusto, en que cayeron las letras españolas.

Ni Jovellanos, ni Meléndez, ni Moratin, fueron antagonistas de Cervántes, Herrera ó Lope, ni se dirigió su regeneradora empresa contra tales ingenios, ni desconocieron las glorias de España, ni pretendieron nunca posponerlas á las de Francia, ni hay para qué contraponer, como suele hacerse cuando de ellos se habla con tanta ignorancia como injusticia, la escuela popular ó patria, de los buenos tiempos, á la extranjera ó galicista.

Al contrario de lo que en la vecina nacion acontece, donde el siglo XVIII parece el predilecto de sus historiadores, entre nosotros apénas se conocen los sucesos, ya políti-

cos, ya literarios, que llenaron el mismo período: así que considero como un eminente servicio prestado á la historia literaria de España el erudito trabajo que, con el modesto título de *Bosquejo histórico crítico de la poesía castellana en el siglo* XVIII, aparece al frente del tomo LXI de la *Biblioteca de Autores Españoles*, trabajo que, honrando á su autor, honra tambien á la ACADEMIA ESPAÑOLA, que le cuenta entre sus individuos.

La decadencia política, en que cayó España al terminar la dinastía austriaca, ejerció, como no podia ménos de ejercer, pernicioso influjo en la literatura; y perdidas la severa sencillez y la robusta entonacion de nuestros grandes escritores, empezó á dominar el estilo culto-metafórico-altisonante del caballero Marini[3], que, para desdicha de las musas españolas, había alcanzado el favor de Góngora y otros ingenios, y que, en manos de sus imitadores degeneró en el conceptismo y discreteo, para venir, de degradacion en degradacion, á terminar en el retruécano y la chocarrería.

Ántes, pues, de motejar la severidad de la escuela clásica, ántes de combatir la reforma que intentó llevar á cabo, preciso es tener en cuenta el estado en que se hallaban las letras españolas, y el linaje de escritores contra cuyos excesos esgrimieron los clásicos el sangriento látigo de la sátira, ó levantaron el valladar fortísimo de las reglas.

Bajo el torrente incontrastable de la moda vense desaparecer casi por completo las voces que tienen en nuestro idioma la significacion de un objeto claro y determinado. Ya no se habla más que por metáforas y perífrasis: la Vírgen no es la Vírgen, dulcísimo nombre que invocaron los españoles en su gloriosa empresa de reconquista; la Vírgen es

un *sacro asombro animado* ó el *epítome de Dios*; el sol no es el sol, astro esplendoroso del firmamento, sino el *presidente del dia;* la Iglesia católica es la *Infanta real de Cristo*; la nieve *candidez hermosa, caida del cielo;* la medicina es la *facultad apolinaria;* las nubes son las *cándidas holandas del ambiente*; el puñal, *áspid de acero*; los ángeles, *océanos cerúleos del empíreo*; los labios, *muros de coral viviente*; el gusano de luz, *relámpago vivo*; la nave es *un roble alado*, y los apóstoles....

participio
Del Verbo que se perora.

¿Qué expresion de afectos, qué pintura de la naturaleza es posible con ese lenguaje hiperbólico, con esas anfibologías, con ese propósito deliberado de huir de la exactitud y de la claridad, para obtener, como supremo elogio, el que prodiga el preceptista de la secta, Gracian, al celebérrimo Góngora, calificando de *aliñado, elocuente y recóndito poema* su *Polifemo?*

Los que censuran á Luzan por su excesiva severidad, por su rigidez, por su estilo frio, por su locucion casi matemática, olvidan por completo los tratadistas que tenía por émulos, y los desvaríos que contribuyó á atajar, para bien del arte y de la razon en España.

Sin detenerme á analizar el *Epítome de la elocuencia española, ó arte de discurrir y hablar en todo género de asuntos, de orar, predicar, argüir, conversar, componer embajadas, cartas y recados, con chistes que previenen las faltas, y ejemplos que muestran los aciertos*, compuesto por D. Francisco José Artiga, *olim* Artieda, que fué el *vade-mecum* de todos los ma-

los copleros del siglo XVIII; sin molestar á este ilustrado concurso con el recuerdo de la metralla culta de *metáforas*, *sinécdoques*, *metonimias*, *antonomasias*, *onomatopeyas*, *catacresis*, *metalepsis*, *paronomasias*, *astismos*, *augesis*, *parresias*, *parasceves* y *aposiopesis* [4], con que el buen Artiga entiende que es fácil superar y oscurecer la tosquedad de un Fr. Luis de Leon; sin pararme á admirar la ingeniosa invencion de las *Tablas retóricas de palabras de alabanza y vituperio*, donde el alma agradecida, ó el espíritu más enconado puede hallar en correcta formacion alfabética el elogio ó el dicterio, que su situacion especial requiere; sin consagrar más que un recuerdo á las *pinturas diversas*, con que remata su obra y hace aplicacion cumplida de todas las recetas cultas que contiene; sin dar importancia alguna á ese libro baladí, producto de un pobre ingenio, permitidme que examine algo más despacio el verdadero código del culteranismo, el *Arte de agudeza é ingenio*, compuesto por Baltasar Gracian.

Fué, sin duda alguna, escritor de distinguido mérito; su *Criticon*, aunque salpicado de anfibologías y conceptos ampulosos, que lo deslucen, contiene trozos selectos, y revela un ingenio y una instruccion nada vulgar. Es en un todo superior al ramplon Artiga, y tuvo, por lo mismo, mayor influencia; pudiendo decirse que desempeñó el cargo de dogmatizador de la secta, y que su *Agudeza y arte de ingenio* fué por dilatados años el Coran á que se atenían los que ansiaban ganar fama de poetas recónditos.

Examinemos el libro. Desde el primer discurso ó capítulo, que se titula *Panegírico al arte, y su objeto*, se lamenta de la falta de un prontuario, que enseñe por reglas á desvariar en culto, en estos términos: «Censúrase en los más in-

geniosos escritores la agudeza, ántes por unas, que por únicas y homogéneos sus conceptos: ó todos crísis ó todos reparos, correlaciones ó equívocos, y en que falta el arte, por más que exceda el ingenio.»

En el discurso segundo, *Sobre la ciencia de la agudeza ilustrada*, hace la siguiente sincera, á la vez que encrespada profesion de fe: «Si el percibir la agudeza acredita de águila, el producirla empeñará en ángel; empleo de cherubines y elevacion de hombres, que nos remonta á extravagantes jerarquías.»

Síguense varios capítulos, consagrados á las reglas y ejemplos de la *armonía conceptuosa*, la *agudeza por improporcion y disonancia*, *por ponderacion misteriosa*, *por paridad conceptuosa*, y al llegar al discurso xv, en que explica, si es que explicacion admite, *el careo condicional, fingido y ayudado*; la fuerza mágica de la verdad, rompiendo las ligaduras del culteranismo, le hace confesar que *es tanta la valentía de algunos ingenios, que llegan á discurrir lo que no es, como se ve en este modo de sutileza.*

Sigue despues disertando ¡oh sombra de Horacio! acerca de los conceptos por *disparidad*, de las *ingeniosas trasposiciones*, de las *prontas retorsiones*, de las *ponderaciones juiciosas, críticas y sentenciosas por exageracion*, de la *agudeza paradoxa*, de la *improporcion disonante*, del *jugo de la paronomasia*, acumulando ejemplos lucidísimos, del caballero Marini, precursor de la secta; de Góngora, su gran pontífice, y de otros maestros, como el *conceptuosamente bizarro* D. Gabriel Bocángel, ó el *ocultamente elocuente*, fray Hortensio Paravicino, ó como el *divino* Ledesma, digno de este dictado, que la posteridad, equivocada, ha conservado á

Herrera, pero que de derecho ganó el Ledesma con su *Laurel de la vencedora Huesca.*

Despues de un gran número de citas de poetas *recónditos* y oradores *ocultamente elocuentes*, que entónces, por lo visto, se ufanaban con calificaciones que hoy motivarían, por parte de los citados, el inmediato envío de dos padrinos, entra de lleno el buen Rector del Colegio de Tarragona en la árdua explicacion de las *crísis irrisorias.*

No vaya á entender el auditorio, dejándose llevar del sentido vulgar que hoy tiene la palabra, que el excelente fray Baltasar, haciendo una brusca salida de sus literarias trincheras, haya pretendido, al tratar de crísis irrisorias, arremeter con la política y hablar casi por adivinacion de algunas escenas del mundo moderno, ni aludir á ministerios frustrados, á combinaciones ahogadas en gérmen; ni á aspirantes á carteras, que, puesta ya la corbata blanca, emblema de su pureza de intenciones, tuvieron que desceñirla por haber variado de propósito el Monarca, en su árdua tarea de hallar consejeros bastante dóciles para seguir sus inspiraciones, y con bastante abnegacion para ser, esto no obstante, responsables.

Nada de esto: las *crísis irrisorias* del P. Gracian no ofrecen la menor analogía con las que sirven de pasto á la prensa periódica en el siglo XIX.

Para persuadirse de ello, basta ver que el autor empieza diciendo «que es tan fácil esta agudeza cuan gustosa; pues sobre la ajena necedad todos discurren, y todos se adelantan ántes al convicio que al encono.» Más adelante añade «que con muchas crísis conglobadas se hace un discurso satírico»;

y por último, concluye con un apotegma, que es la quinta esencia de la poética de los cultos.

Doblar el desacierto, es doblar el concepto.

Áun hay en la obra didáctica que analizamos otros discursos no ménos curiosos, tales como el consagrado á la *agudeza por una rara ingeniosa ilacion*, que consiste en sacar una *consecuencia extravagante y recóndita*, ó á la *agudeza nominal*, que es *una hidra vocal, pues á más de su propia y directa significacion, si la cortan ó trastruecan, de cada sílaba renace una sutileza ingeniosa, y de cada aserto un concepto.* Tambien puede el lector extasiarse con la *primorosa equivocacion, que es como una palabra de dos cortes* y *un significar á dos luces*, con el tratado de la *Acolucia*, y trabazon de los discursos, ó la *ingeniosa aplicacion* y *uso de la erudicion noticiosa.*

Cuando hombres de envidiable ingenio (que mucho y muy envidiable debía Gracian á la Providencia) así se extravían y desbarran; cuando así ponen en el potro la hermosa lengua de Cervántes; cuando por tal extremo ofenden la razon y atentan al buen sentido, ¿qué de excesos no habría que lamentar en sus infinitos imitadores, escasos de entendimiento y faltos de inspiracion y de estilo!

Y ¿qué diremos sobre la corrupcion y el mal gusto difundidos por el culteranismo, que tanto arraigó en España (cuando áun en nuestros dias nos sorprenden algunos retoños de esa planta maléfica, de esa grama literaria, no del todo descuajada por la escuela clásica, restauradora del buen gusto en España), si nos fijamos en que, al propio tiempo que tenía preceptistas como Gracian y apóstoles como Góngora, contribuían á enaltecerla personajes como fray Félix

Hortensio Paravicino, predicador de S. M., ó tipos cortesanos, como D. Juan de Tássis, Conde de Villamediana!

En las *Obras póstumas, divinas y humanas*, de D. Félix de Arteaga, seudónimo bajo el que parece ocultarse el celebérrimo orador sagrado (á quien hubo de escocer tan sin mesura la calificacion dada á sus panegíricos, de *sermones de Berbería*, por boca de un gracioso de Calderon en el *Príncipe Constante*), hay inserta una comedia, intitulada *La Gridonia ó cielo de amor vengado, invencion Real ofrecida á la Majestad é imperio de Filipo el Grande, nuestro señor, IV de este nombre.*

La tal *invencion Real* es de lo más peregrino que cabe imaginarse; y para dar una idea del estilo de esta produccion, joya del culteranismo, me permitirá el ilustrado Concurso que me presta su benévola atencion, citar solo los primeros versos.

Habla Rosicler, y habla en estos términos:

No hay cautelar defensas al destino;
Puesto está en armas todo el horizonte
En horrible precepto, si divino.
Rayos engendra el aire, el monte fieras,
Al riesgo va á parar cualquier camino:
¡Oh tú, deidad, que enojos reverberas
Desta montaña en el altivo ceño,
Que temores achaca á tus esferas,
Temple á tus iras el sagrado empeño,
Ó muestra luz de las ofensas mias!
Si en tu no libertad ofende el sueño,
No me arrogue yo locas fantasías;
Que apénas las sentí, cuando vi el fuego
Mal acusado en las cenizas frias.

Aunque la deidad interpelada en tales términos debió quedar anegada en un mar de confusiones, no dejaría de

reconocer, sin embargo, que en estos versos hay cierta entonacion, cierto lirismo, que recuerda, aunque vagamente y entre conceptos ininteligibles, algo del estro de los grandes poetas del siglo de oro de nuestra literatura.

Hay, en efecto, una gradacion entre el culteranismo y el conceptismo propiamente dicho; hay, entre los extravíos de Góngora y Villamediana y los discreteos de ingenios que ya se avecinan más á la restauracion clásica del siglo XVIII, un escalon que descender.

Ved ahora con qué resolucion le desciende el canónigo Fuster, citado como modelo de excelente gusto é ingenio por uno de los dogmatizadores de la secta.

La cruel lanzada recibida por el Salvador del mundo, como supremo ultraje de sus feroces verdugos, inspira al canónigo, hombre piadoso, el siguiente soneto:

Longínos hiere á Dios, tres veces ciego:
Ciego del cuerpo, como se ve claro;
Ciego del alma, sin buscar reparo,
Y ciego de la cólera y su fuego.
Llegó á la cruz, con gran desasosiego,
Para acabar un hecho feo y raro,
El cual, aunque costarle pudo caro,
Le dió la vida y le causó sosiego.
El hierro de la lanza que llevaba
Le sirvió de eslabon, Cristo de piedra,
La cruz de yesca para sus enojos;
Hirió el pedernal con furia brava,
Sacó fuego de amor, y tanto medra,
Que vino á ser la lumbre de sus ojos.

Preciso es hallarse inficionado de la lepra del conceptismo, para que un hombre religioso y que sentía, sin duda, la grandeza de la escena que aspiraba á reproducir, rebajase, sin embargo, al divino Redentor hasta el punto de compa-

rarle al pedernal, y tratase de equiparar aquella horrenda accion con una de las más vulgares de la vida.

Todavía se marca más la degradacion que experimentaba por entónces la poesía española, al ver que ni Santa Teresa de Jesus, la ilustre doctora, se libra de que uno de sus más ardientes panegiristas le aseste la siguiente agudeza:

Como hasta el cielo presume
Llegar de un salto veloz,
Prueba Teresa, *descalza*,
Si puede saltar mejor.

Y como ejemplo sin igual del extremo á que puede conducir el extravío del mal gusto y el afan de aplicar á todo la agudeza y el retruécano, nada existe comparable á las reflexiones que, en tiempos de exaltacion y de intolerancia religiosa, inspira al *divino* Ledesma el sublime martirio de S. Lorenzo.

Así apostrofa al santo mártir:

Seréis sabroso bocado
Para la mesa de Dios,
Pues sois *crudo* para vos,
Y para todos *asado*.

No ménos inficionadas del mal gusto del conceptismo aparecen las obras en prosa, que desde mediados del siglo XVII arrojaban las prensas españolas.

Véanse las *Luzes de la aurora, dias del sol, en fiesta de la que es Sol de los dias y Aurora de las luces* [5], libro escrito por D. Fernando de la Torre y Sebil, y dígase si puede llevarse más allá la exageracion y el mal gusto. Solo para expresar que un personaje, á quien encomia, habia aprendido la Mi-

tología, se cree en la necesidad de consignar «que no satis»fecha su sed en el manantial abundante de las Sagradas Es»crituras, se va á chupar las aguas muertas de las fábulas »antiguas, sacando de ellas el poco jugo que conservaron »desde su orígen, de aquellas vivas que, por el contacto del »unicornio divino, se quedaron siempre inmunes del vene»no del primer pecado.»

En este mismo libro va inserto, celebrándolo como prodigio de elocuencia, un sermon, en el que se sienta que, en verdad, estuvo bien á María que aplaudiese su pureza original el Excmo. Sr. Marqués de Astorga, y se elogia á éste porque «con más singularidad que el fénix, gastaba, en la »lumbre de los guisados, no otra leña que la de canela.»

Y tan comunes y corrientes se hicieron estas ridículas y bajas declamaciones, que pasaba por estilo severo lo que hoy se considera como afectacion intolerable.

Aunque el título de *Colirio del Zelador del Manná Eucharístico* [6] había prevenido desfavorablemente mi ánimo contra la obra del licenciado Casbas y Ainsa, al leer en la censura que se le aplaudía sentando «que el que enseña lo ne»cesario ha de huir de todo afectado adorno, juzgando más »conveniente estilo de un autor piadoso, no el afectado, »sino el ménos compuesto», creí, con la mejor fe, que hallaría una sana exposicion de la doctrina católica y del dogma de la sagrada Eucaristía.

Juzgue este respetable Auditorio de mi asombro, al tropezar desde el prólogo con la sencilla y por todos conceptos llana declaracion que hace el autor, de excitar la devocion de los fieles «mediante la devocion de la Archicofradía de »Minerva, con que de lo ínfimo asciende el Zacheo humil-

»de á lo supremo del sicomoro, quinta esencia del más vir»tuoso empleo, con que se evita el mayor precipicio de dar »en el infierno, que, en forma de mar, metafóricamente »describe S. Mateo.»

A riesgo de molestar la atencion de tan ilustrado como benévolo Concurso, me permitiré llamar su atencion acerca del curioso libro titulado *El Genitivo de la Sierra de los Temores, contra el Acusativo de el Valle de las Roncas*, de cuya notable portada me limitaré á insertar por nota un facsímile [7], y que publicado en 1760, marca el último período de la degradacion de las letras españolas. Consta de dos tomos en 4.°, consagrados, al parecer, á la defensa de los Colegios mayores, y dedicados, en realidad, á catalogar insipideces y necedades, sin el menor enlace y cohesion : dos tomos, en que se abusa del estilo figurado hasta el punto que evidencia la adjunta muestra.

«Así es que mi generoso patron, con la dulzura de su »genio, con el almíbar de su voz y con la confitura de sus »insinuaciones, procuró satisfacer dicho argumento de ajen»jo, como al de las otras expresiones de acíbar, con tan des»tilada moderacion de su talento, y alambicada suavidad en »su discurso, que, enamorado dulcemente de la mermelada »de su raciocinio, fué gratamente haciendo una conserva »de desengaños, á aquel reciente amigo, que se hallaba »amargamente engolosinado con el rejalgar, con que se in»ficionaba la venenosa anti-colegial acusacion. Tanto pudo »obrar la azucarada conducta de mi patron, con la miel ro»sada de su oportuna facundia!, que prorrumpió el novicio »amigo, hecho un azúcar rosado de derretida condescenden»cia, haciendo profesion con tres votos de propósito: ¡Oh, qué

»polvos de canela tan oportunos para la caridad cristiana!»

Salvas algunas llamaradas de verdadera inspiracion, que se hallan en las obras de D. Ignacio y D. Gabriel Álvarez de Toledo, del doctor Torres, D. Francisco Benegasi, y Gerardo Lobo, superior á los autores ántes que él citados, todas las producciones de principios del siglo XVIII adolecían de la misma extraña mezcla de altisonancia y chabacanería, dominando unas veces el estilo de *rosicleres*, como lo apellida Luzan, y otras la jerigonza de *claves*, *paronomasias* y retruécanos más vulgares.

La reaccion en favor del buen gusto literario apuntó con la publicacion del *Diario de los Literatos*, se levantó valiente con la *Sátira de Jorge Pitillas*, se redujo á cuerpo de doctrina con la severa *Poética* de Luzan, y recibió consagracion oficial con la justa preponderancia y merecido crédito que alcanzó la ACADEMIA ESPAÑOLA, con su acierto al proponer las *Reglas de buen gusto en el pensar como en el escribir*.

Como acontece siempre con todas las reformas, hubo un largo período de predicacion, de apostolado, de lucha; y á esto se refiere Inarco Celenio al decir en una carta á Conti que Luzan, en su *Poética*, impresa en 1737, habló á sordos.

Hay en este concepto exageracion evidente: Luzan habló á gentes preocupadas, prevenidas; pero su ejemplo labró en muchos, y terminado el período de elaboracion, de doctrina y de polémica, ya en el reinado de Cárlos III se presentan como sazonados frutos de la nueva escuela, Cadahalso, D. Nicolas Fernández de Moratin, fray Diego González, Iglesias, y luégo el dulce Meléndez Valdés, el insigne Jovellanos, el áspero Iriarte, el irascible y batallador Forner, y por último, D. Leandro Fernández de

Moratin, dechado y modelo de escritores castizos, que señala el apogeo del clasicismo.

La Derrota de los Pedantes, composicion que no cede la primacía más que á la prosa inmortal de Cervántes, es, bajo apariencias frívolas, la síntesis de la lucha sostenida por la escuela clásica. Empleando una fábula discreta, sostenida y desarrollada con sin igual ingenio, no sólo luce Moratin toda la gallardía de un estilo, que es siempre castizo sin arcaismos, al rendir entusiasta homenaje á las glorias refulgentes del Parnaso español, sino que, con una gracia y un donaire inimitables, satiriza los excesos del culteranismo y prosaismo. Las arengas en prosa y verso, que pone en boca del enviado de los copleros que intentan el asalto de la morada de Apolo; la donosa enumeracion de los proyectiles en cuarto y en fólio de que echan mano los Argensolas, Ercilla, Lope y Garcilaso para repeler la agresion; las contusiones que reciben las Musas, y hasta los detalles más insignificantes de la pelea, sirven á Inarco para derramar la vena inagotable de su ironía sobre los que estaban, de un siglo atras, empeñados en rebajar y envilecer las letras españolas.

El discurso magistral puesto en boca de Apolo contiene naturalmente la exposicion de los dogmas de la escuela clásica, entre los que, á la verdad, no se hallan todos los que el vulgo de las gentes le atribuye.

Léjos de decretarse la imitacion preferente ó exclusiva de literatura extraña, con desden y vilipendio de la propia, se aconseja el incesante estudio (que harto revela cuanto ha producido la pluma de Inarco) de los grandes escritores de nuestro siglo de oro; léjos de anteponer á todo el culto de las reglas, se confiesa que «yerran los que gra-

dúan el mérito de sus producciones por los defectos que evitan, y la escrupulosa nimiedad en la observancia de los preceptos, cuando falta en ellas la invencion, el talento peculiar de cada género, y aquel fuego celestial que debe animarlas.»

Oportuno es hacer notar aquí la trascendental diferencia que separa el movimiento literario producido respectivamente en España y en Francia por la imitacion del ideal griego y romano.

El siglo de Luis XIV fué el de las glorias literarias de Francia, produciendo escritores como Racine, Corneille, Molière, Bossuet, Labruyère, Lafontaine y Boileau. Estos insignes ingenios, todos enamorados de la musa griega, pudieron destruir con facilidad el culteranismo, cuyos apóstoles fueron Mlle. Scudéry y la Calprenède, y cuyo templo representó por algunos años el *Hôtel de Rambouillet* [1]. Pero, extremándose los clásicos franceses en su empresa, no solo desarraigaron la planta del culteranismo, sino que, llevando la exageracion hasta sus últimos límites, dejaron arrumbados y sin uso multitud de vocablos empleados por Rabelais, Marot y Montaigne, despojando á la lengua francesa de gran parte de su pompa, y consiguiendo, con la ayuda de Voltaire y otros escritores, hacer de ese idioma el más preciso, claro y matemático, pero al mismo tiempo el ménos poético del universo.

Muy distinto fué el objeto que se propuso la escuela clásica española, y muy diversa su influencia en el idioma patrio.

Nuestro siglo de oro tuvo, sobre todo en el teatro, un carácter más romántico que clásico; nuestros grandes escritores del siglo XVII, léjos de empobrecer el idioma, le enriquecieron, dándole una pompa y majestad, que alguno,

como Góngora, llevó hasta el abuso; el culteranismo vino, á diferencia de Francia, despues, y no ántes, de ese período brillante; el culteranismo y el conceptismo, que en la nacion vecina señalan la aurora de su esplendor literario, fueron en España la fórmula de la decadencia de las letras; y la restauracion clásica, iniciada á mediados del siglo XVIII, llevó por norte el restablecimiento del idioma patrio, despojándole de ridículos atavíos, pero conservándole en lo posible la hermosura esplendorosa que ostenta en Herrera ó en Cervántes. Buena prueba de esta verdad son la jugosísima prosa de la *Derrota de los Pedantes*, tan rica en hermosas locuciones y castizos giros como en ingeniosos pensamientos, ó las celebradas quintillas de la *Fiesta de Toros*, de tan gustoso sabor á legítimo castellano.

En suma, los clásicos franceses fueron los que dieron á la literatura de su patria el carácter que áun hoy ostenta, y al idioma la forma que todavía conserva. Los clásicos españoles, realizando una aspiracion, ciertamente más modesta, se limitaron á ejercer una reaccion saludable contra los extravíos literarios de un siglo de decadencia, y á restaurar las letras, que ya otros, con más vigor, con más inspiracion, pero ménos delicado gusto, habían creado en España.

Más difícil es la cumplida defensa de la escuela clásica, en cuanto á los rígidos preceptos con que pretendió limitar la esfera de accion en que ha de moverse el poeta que se consagra á escribir para el teatro.

El empeño de aclimatar en nuestra escena la tragedia griega ha resultado vano, esterilizándose los esfuerzos de los más notables ingenios, que en el pasado y en el presente siglo han acometido tan heroica empresa.

El drama griego es antipático á los españoles en su estructura y en su esencia. Aplicado á asuntos de la antigüedad, solo perciben sus bellezas los eruditos, y el público en general presencia con asombro y disgusto el desarrollo y el choque de pasiones y creencias que desconoce ó condena.

El sacrificio de Ifigenia, los furores de Bruto, los crímenes de Medea no aciertan á conmover al público moderno, que ni aprecia la situacion, ni se penetra de los afectos, ni se aterra ante la invocacion de deidades gentílicas, jubiladas y reducidas, en forma de estátuas, á adornos de jardin ó de relojes de sobremesa, ni se sobrecoge con los vaticinios de los augures, que no le merecen mayor crédito que la buenaventura de una gitana, ni se preocupa con el hado fatal é inexorable, limitado hoy á presidir la extraccion de los números de la lotería, ni puede, por último, considerar á la familia de los Atridas sino como seres tocados de monomanía homicida, que los hace merecedores, más que de un suplicio afrentoso, de un aposento tranquilo en cualquiera casa de orates.

Y si, huyendo de este escollo, se elije para la tragedia un asunto inspirado en la historia patria, se advierte muy luégo la imposibilidad de acomodar las vehemencias de carácter, las creencias y los arranques, que constituyen el genio nacional, al corte de escenas, al metro pomposo y al desarrollo lento y majestuoso del drama griego. La combinacion de la tragedia griega y el héroe moderno se estrella, en suma, ante la imposibilidad de calzar el coturno á varones tan vivos y tan inquietos como el Cid Campeador, Hernan Cortés ó Pizarro.

Ésta es ya una verdad demostrada en nuestra historia literaria.

Don Agustin de Montiano y Luyando, en sus dos tragedias *Virginia* y *Ataulfo*, publicadas en 1750 y 53, y calificadas por Moratin mismo de intolerables, inició la empresa de aclimatar en la escena española el género griego y romano; D. Nicolas Fernández de Moratin, en su *Lucrecia* y su *Hormesinda*, tampoco logró los aplausos de su severo hijo; la *Jaira* y la *Raquel* de Huerta, como la *Numancia destruida* de López de Ayala, alcanzaron, aunque por poco tiempo, el favor del público; D. Gaspar Melchor de Jovellanos, en su *Munuza*, ensayó sin éxito el mismo género; posteriormente Cienfuegos, en *Idomeneo* y en *Pítaco*, no fué más afortunado, levantándose algo en su *Condesa de Castilla*, porque, con apariencias de tragedia, es, en la esencia, esta composicion un drama moderno. Más cerca de nuestros dias, Quintana en su *Pelayo*, y Martínez de la Rosa en *La Viuda de Padilla*, hicieron esfuerzos por sobresalir en género tan ingrato. Y no obstante el éxito alcanzado por el *Edipo* y recientemente por la *Virginia*, excepciones lisonjeras, que, por lo escasas, confirman la regla, bien puede considerarse ya como abandonada definitivamente la tragedia por las musas españolas desde que *La Muerte de César*, del inolvidable Ventura de la Vega, vino á demostrar que, por grande que sea el conjunto de bellezas literarias que encierre una obra trágica, por más que entusiasme á un auditorio erudito que en la lectura las saborea, raras veces alcanza á penetrar en el público, y no resiste á la prueba decisiva y suprema de la representacion escénica.

Pero, prescindiendo ya de ese prurito de introducir la tra-

gedia en nuestro teatro, empresa seguramente infeliz, no es tan exacto como supone el respetable y docto D. Agustin Durán y como han repetido muchos, que la ruina de nuestro teatro nacional se deba al rigorismo é intolerancia de los clásicos, empeñados en medir con el mismo compas y regla á que se adaptaban las obras de griegos, romanos y franceses, las sublimes creaciones dramáticas del siglo XVII.

En el estimable discurso de Durán sobre el influjo que ha tenido la crítica moderna en la decadencia del antiguo teatro español, se advierten exageraciones que, puesto que se expliquen por la época en que aquél apareció, han sido adoptadas por el vulgo de los escritores, y circulan de libro en libro como moneda vulgar y corriente.

Ni es exacto que Luzan y los escritores clásicos desconocieran las altas y peregrinas dotes de Lope, Calderon y nuestros grandes dramáticos, ni que la decadencia del teatro nacional deba atribuirse á que el culto de las reglas y la observancia de los preceptos enfrenase la imaginacion y sofocase el estro de los escritores dramáticos del siglo XVIII.

Véase en qué términos el severo Luzan hace plena justicia á nuestro gran escritor dramático, D. Pedro Calderon de la Barca. «Por lo que mira al arte (así dice), no se puede negar que, sin sujetarse Calderon á las justas reglas de los antiguos, hay en algunas de sus comedias el arte primero de todos, que es el de interesar á los espectadores ó lectores y llevarlos de escena en escena, no solo sin fastidio, sino con ánsia de ver el fin: circunstancia esencialísima, de que no se pueden gloriar muchos poetas de otras naciones, grandes observadores de las reglas.» Y más adelante: «Pero á quien tiene las cualidades superiores de Calderon y el encanto de

su estilo se le suplen muchas faltas, y áun suelen llegar á calificarse de primores, hasta que viene otro que, igualándole en virtudes, carezca de sus vicios. Como éste no se ha dejado ver todavía entre nosotros, conserva Calderon casi todo su primitivo aplauso; sirvió y sirve de modelo, y son sus comedias el caudal más redituable de nuestros teatros.»

Otro tanto puede decirse del severo Moratin. No solo se hallan en todas sus obras frases que revelan el altísimo aprecio que hacía de las preclaras dotes de Lope, Calderon y todos nuestros insignes dramáticos, sino que, en vez de las críticas acerbas que se permite contra los copleros de su época, les tributa verdadero homenaje, y en ocasiones los cita como modelos. Hállanse entre sus *Obras póstumas* unas extensas notas al *Viejo y la Niña*, en las cuales se desarrollan las bases de un arte dramático, y allí es curioso ver cuán distintas son las opiniones verdaderas de Moratin de las que por algunos se le atribuyen. No sólo sienta la máxima templada de que los preceptos deben ilustrar y dirigir al talento, no esterilizarle ni oprimirle, sino que invoca inmediatamente un ejemplo tomado de Calderon. «¿Quién podrá »culparle, dice, porque en la última jornada de *El Tetrarca* »*de Jerusalen* dejó solo el cuarto de Mariene? Aquella in»terrupcion, aquella soledad, aquel silencio; la salida del »Tetrarca, su agitacion, sus dudas, la sorpresa que le causa »ver esparcidos por el suelo los adornos, las *arrastradas* »*pompas* de su esposa infeliz, y entre ellas un puñal que le »anuncia estragos y muerte; todo prepara la catástrofe hor»renda que va á suceder dentro de muy pocos instantes. »Para enfriar bien este desenlace, y despojarle de todas sus »bellezas, no hay más que llenar aquel vacío de escena que

»las motivó; y observando escrupulosamente lo que la regla »manda, todo se echará á perder.»

No es, pues, exacto que sistemáticamente se negasen por los clásicos las bellezas del teatro nacional. Tal vez no las sintieron con la viveza que nosotros, tal vez dieron sobrada importancia á los defectos y lunares, de que ni Lope, ni Calderon, ni Tirso, pudieron ver libres sus obras, que al cabo son producto de la imperfeccion humana; pero no es dado atribuir por eso, como lo hacen Durán y otros escritores, á la escuela crítica de los clásicos la sensible é incontestable decadencia del teatro español. Hay que distinguir en sus juicios lo que una persona, de las que en este momento me escuchan, llama crítica negativa y crítica afirmativa; en lo que censuran, tienen generalmente razon; la moralidad dudosa de algunas fábulas, el desórden en el desarrollo, el exceso de lirismo en muchas escenas, la procacidad de los graciosos, la preferencia dada al enredo sobre la exposicion y lucha de caracteres, todo, en suma, cuanto critican, es acertado; y prueba concluyente de la exactitud de estas críticas negativas es que la mayor parte de las obras maestras de nuestro antiguo teatro no pueden presentarse hoy en la escena sin un arreglo previo, que ha recibido el nombre, por demas significativo, de *refundicion*. Aplauso, y no escaso, han merecido poetas contemporáneos por haber refundido obras del antiguo teatro; es decir, por haber vaciado en moldes correctos un metal riquísimo, separando previamente las escorias, que lo afeaban.

En lo que la escuela clásica se muestra insuficiente, y no pocas veces injusta, es en la exposicion de las maravillosas bellezas que, entre deformidades incontestables, brillan en

nuestro antiguo teatro; es, en suma, en la crítica afirmativa en la que hace resaltar, sentir y gustar los aciertos, y lucir y brillar las inspiraciones y las grandezas del pensamiento.

Pero de esto á ser causa de la decadencia del arte en España hay un abismo.

Decayó la dramática, de la misma forma y por las mismas causas que produjeron la decadencia de la poesía lírica y de todos los géneros de literatura en nuestro siglo XVIII; decayó la poesía dramática, porque ella, ménos que ninguna, puede sustraerse al influjo de los grandes acontecimientos que abaten y postran las naciones. La prueba decisiva de que en esto no hubo de influir el clasicismo, es que los autores, que marcan en sus obras el período de corrupcion de nuestro teatro, son cabalmente los que con más frecuencia y resolucion atropellan las tres famosas unidades y los preceptos todos de la escuela restauradora de Luzan.

Cualquiera creería, al terminar la lectura del discurso de D. Agustin Durán, que la inferioridad de Cañizares, Añorbe, Moncin, Valladares, Comella y Zavala estriban en que, dóciles á los preceptos de la escuela clásica y esclavos sumisos de sus reglas, sacrificaron á su observancia la inspiracion y la fantasía. Pues cabalmente acontece lo contrario: léjos de imitar la escuela griega, romana y francesa; léjos de sujetarse al yugo de las tres unidades, se ve que desprecian constantemente en sus fábulas, no ya preceptos sobrado rígidos, reglas en demasía estrechas, sino las inspiraciones todas del más vulgar y comun sentido.

La lectura de *La Comedia nueva* habia excitado en mí, hace tiempo, el deseo de conocer las obras dramáticas de fines del siglo pasado y principios del actual, cuyos autores

merecen cierta gratitud, áun cuando no sea más que por haber dado ocasion á Inarco para enriquecer las letras españolas con una joya literaria sin rival en nacion alguna. Las preciosas notas publicadas entre las obras póstumas de Moratin acrecentaron ese deseo, y hube de fijarme en Comella, ya porque para muchos es tenido como el original de D. Eleuterio, ya porque críticos de nota le suponen superior á Zavala y Valladares, sus contemporáneos [9], ya porque entiendo que para llegar á ser la personificacion de un período, por deplorable que sea, en las artes ó en las letras, como acontece á Churriguera en la arquitectura, se necesita un conjunto de cualidades excepcionales.

Un ligero estudio de las obras de Comella, estudio tan somero como lo consienten la índole de este escrito y las premiosas circunstancias en que me hallo, ha llegado á persuadirme por completo de la absoluta sinrazon con que ha querido atribuirse cierta complicidad, moral cuando ménos, á la escuela clásica en la serie de atentados perpetrados en la escena española, con premeditacion, reincidencia y todas las circunstancias agravantes imaginables, por el infeliz Comella.

Con mayor resolucion que Ticknor, el cual no se atreve á confesar en sus notas el número de producciones de este autor que ha leido, por el único placer de entretenerse en sus extravagantes fábulas [10], declaro á la faz de este ilustrado Concurso que me he engolfado en la lectura del fárrago completo de *comedias heroicas*, *piezas modernas*, *dramas trágicos*, *comedias de costumbres*, *melodramas trágicos*, *óperas sérias*, *dramas joco-serios*, *óperas jocosas* y *comedias de música* que produjo la demasiado abundante vena de D. Luciano Francisco Comella.

Con no ménos diligencia he tratado de averiguar noticias de su vida; mas en esta parte confieso humildemente que ha sido escaso el fruto de mis tareas.

Por de pronto he hallado absoluta unanimidad en Ticknor, D. Ramon de Mesonero Romanos, el actor García de Villanueva y el autor del *Catálogo biográfico-bibliográfico del teatro español*, en cuanto á ignorar por completo el punto, hora y dia del nacimiento de dicho autor.

No ménos unánimes se muestran en cuanto á desconocer su prosapia, y, por lo que hace á su descendencia, parece ser que tuvo una hija, que le auxiliaba en sus tareas literarias [11], y un hijo, músico apreciable de la orquesta del teatro del Príncipe, que, ya fuera por seguir una costumbre frecuente en la vida teatral, ya por no cargar con la nombradía literaria unida al apellido, tuvo por oportuno cambiarle, sumiéndose en la más completa oscuridad.

Lo que en resúmen se sabe es, que D. Luciano Francisco Comella mereció los aplausos del público por espacio de más de veinte años, á contar desde el último decenio del pasado siglo; que, segun cierto autor, «fué todo un »hombre de bien y un honrado ciudadano, por más que »como escritor adquiriese tan mala fama», y que no obstante la larga serie de sus repetidos triunfos en España y en el extranjero, donde se representaron varias de sus obras, arrastró una vida por demas desventurada.

Así lo confirma la anécdota referida por el distinguido compositor Barbieri, quien asegura que, siendo su padre director de escena y alcaide del teatro de la Cruz, y en ocasion en que buscaba á Comella para que le escribiese el apropósito ó despropósito que había de titularse *La bata-*

lla de los Arapiles, tuvo que registrar las márgenes todas del canal del Manzanares, adonde D. Luciano concurria con frecuencia para entregarse á la tranquila faena de la pesca, más que por distraccion y entrenimiento, con el fin de proporcionarse el sustento, que no le daban sus producciones literarias. Añade más Barbieri, y esto contrista el alma, que era tal la miseria del infortunado y flaco Comella, que habiéndole propuesto tomar un bocado en uno de los bodegones ó ventorrillos próximos, y no hallando manjar más escogido que unos empolvados y rancios arenques, sació en ellos su apetito con tal exceso, que le produjeron una enfermedad, término de su triste existencia, pero no de sus triunfos, puesto que pudo concluir su *Batalla de los Arapiles*, obra póstuma, que como funcion de pólvora, alcanzó fugaz y estrepitoso éxito.

Dejando á un lado al hombre; lamentando su desdichada suerte, que compartió con no pocos esclarecidos ingenios; haciendo justicia á la bondad de sus sentimientos y áun á la pureza de sus intenciones, tiempo es ya de decir algo del autor dramático y de sus obras.

Dotado Comella de inventiva, cualidad inapreciable para la poesía dramática, pero falto de instruccion, sus comedias son novelas dialogadas pésimamente, en las que á veces el enredo de la fábula entretiene el ánimo y hace olvidar la falta de caracteres y la absoluta inverosimilitud de los lances escénicos. Tiene por este lado alguna semejanza con el moderno novelista Ponson du Terrail, cuya pluma calenturienta ha extremado hasta el absurdo la novela histórica de Walter Scott y Dumas, y la de costumbres de Balzac y Dickens.

Por de contado los personajes de las ficciones de Comella llevan los apellidos más estrambóticos y enrevesados que cabe imaginar: *Miladi Jacoba, Milor Tolmin, el Conde de Beutiff, Apragin, el sargento Mecknoff, el general Stoffel, Zastrow, Potemkin, Sir Thoward, Oranno, Gudenouff, Soltikoff, Shannon, Nadasti, Conde de Colloredo, el Duque de Roswick, Basilio Morosow, el Conde Kruger, Rotuski, Mollendorff, el cadete Kenverhuller, Pelealogo* (sic, por Paleólogo), *Tecumba, Atomante* y *Temisto.*

Al recorrer semejante catálogo de nombres estrafalarios, antipáticos á toda garganta española, no se concibe siquiera cómo ha podido calificarse al autor de escritor nacional, al propio tiempo que se apellida galicista al inmortal creador de *El Sí de las Niñas*, de *La Mogigata*, y de otras producciones de tan hermoso sabor castellano, como las mejores obras de Lope, Tirso ó Moreto.

Y todavía, si Comella, al realzar á sus personajes con nombres tan extravagantes, introdujera en sus obras la observancia de costumbres de países extraños; si manifestara propósito, conato siquiera, de amoldar sus creaciones á los estilos, hábitos y preocupaciones de cada uno de los pueblos donde coloca la escena, cabría perdonarle su decidida aficion á héroes extraños, en gracia de la enseñanza que al espectador poco instruido podía suministrar su teatro. Pero ni por asomo sucede nada de eso; sus tipos no son ingleses ni rusos, ni alemanes; sus héroes no tienen patria.

En *La Esclava del Negro-Ponto*, una de sus producciones más celebradas, y uno de los triunfos escénicos de la incomparable Rita Luna, que se hizo retratar vestida del correspondiente traje, hay cierta sultana, que en todas partes

se halla, excepto en el Serrallo; que acompaña á su esposo al asalto de ciudades, que anda en rondas y galanteos, que colma de desvergüenzas delante de toda la corte al Sultan, que tiene ayudantes de órdenes á quienes manda

Que pongas sobre las armas
Al ejército; que cerques
El Serrallo y que las guardias
Dobles en mi cuarto;

y hace tales extremos de envidia y celos, que el bravo general Soliman no puede ménos de exclamar que aquello es una fiera, y no una mujer;

Supuesto
Que siéndolo, era preciso
Obrase lo racional.

Todo el drama es por el estilo; el parlamentario anuncia al sitiado Peleálogo, príncipe del Negro-Ponto, que

Cien mil infantes y veinte
Mil de á caballo le cercan;

anunciando, ademas, que es mensajero de

Mahomet Segundo, invicto
Emperador de la excelsa
Constantinopla y del mundo,
Hijo del Sol y de Marte.

Este sultan mitológico no invoca una vez siquiera el Coran; pero, en cambio, al requebrar á la esclava que tiene en el Serrallo, falto, por supuesto, de cerrojos y aldabas, puesto que en él no permanece nadie, dice:

Amor, si logro ver fácil
Este divino imposible
A mi ruego, en tus altares
Sacrificaré holocausto.

Más todavía: superior el sultan de Comella á toda preocupacion musulmana, al volver el general Soliman vencedor del Negro-Ponto, le llama el *Atlante de su corona*; le ofrece sucesivamente, en recompensa, su hermana, su real sello, facultad ilimitada de dar empleos; y viendo que nada le basta, agrega:

Puerta franca en el Serrallo,
Que de todas mis grandezas
Es el don más soberano.

¿Cabe más soberano desatinar?

Por supuesto que el buen D. Luciano Francisco, en quien no hizo jamas mella la funesta escuela clásica, causa de la decadencia de nuestro teatro, se permite en esta misma pieza todas las libertades de lugar y tiempo que son imaginables, y lleva á los espectadores á salones con dosel, galerías de palacio, jardines cortos con verjas, escalinatas, miradores de cristales, murallas con torrecitas y almenas, y hasta exige, en una de las decoraciones (ó mutaciones, como él las llama) que por encima del muro se vea parte de la ciudad, que *empezará á arder con la mayor propiedad que se pueda.*

Hay en el mismo drama verdadera prodigalidad de combates al arma blanca, y entre cuchillada y cuchillada, mucho de aquello de *villano*, *venenoso áspid*, *traidor cocodrilo*, y finales de acto, como el siguiente, inspirados, sin duda, por el funesto clasicismo:

EURINOME. En tanto desconsuelo.....,
ZAIRA. En tan confusa duda.....,
SOLIMAN. En lance tan funesto.....,
MAHOMET. En tan aleve insulto.....,
LOS CUATRO. Pues no hay otro remedio,
ZAIRA. El cielo abra caminos.

MAHOMET. Venganza, amor supremo,
SOLIMAN. Para morir callando.....,
EURINOME. Para vivir muriendo.....
LOS DOS. Cielos, dadnos paciencia,
Constancia y sufrimiento.

A esta invocacion me asocio de todas veras para rogar á mis ilustrados oyentes que me permitan terminar la reseña de *La Esclava del Negro-Ponto*, la cual, despues de salir incólume del asalto é incendio de la ciudad, de los arrebatos amorosos de Mahomet, de los celos de la Sultana y de las sublevaciones de los genízaros, concluye por casarse con Soliman invicto, y éste, para tranquilidad del patio, declara que sigue la ley cristiana; sin que el hecho de haber sido treinta años terror y azote de sus hermanos en Cristo, signifique otra cosa más que un profundo disimulo.

Sin detenerme en el exámen de *La Moscovita sensible*, que presenta grandes analogías con la pieza anterior, ni en el de otras varias que Comella titula *de costumbres*, aunque ni rastro de ellas se encuentre; sin fijarme en *El Abuelo y la Nieta*, en que erróneamente se supone que quiso retratar á Moratin; sin hacer mérito tampoco de *La Cecilia*, drama representado en casa de los Excmos. Sres. Marqueses de Mortara, en que desempeñó el papel de protagonista el autor, y que lujosamente impreso, empieza:

Aunque el hombre y la alfalfa,
Sin contratiempo,
Disfruten verdor..... ;

versos que dan triste idea del manjar literario servido á tan nobles y egregios protectores; séame lícito detenerme un tanto en *Federico II, rey de Prusia*, ya que ésta es la

produccion capital del autor, y que recorrió, con aplauso, los principales teatros de España y del extranjero.

Federico II, rey de Prusia, drama en tres actos, exige once decoraciones ó mutaciones, y entre ellas una espaciosa llanura con vistas del castillo de Spandau, debiendo salir de él, en correcta formacion, el cuerpo de tropas que se pudiere, haciendo evoluciones y formándose con las banderas en el medio.

Empieza la representacion por una escena de hambre. Enrique Treslow, coronel degradado, por suponerle autor de unas cartas dirigidas al enemigo, se encuentra en la mayor miseria y sin pan que suministrar á su mujer y dos niños que le acosan, y no halla mejor arbitrio que poner un memorial al rey Federico y llevárselo al campo de Spandau. Despues de esta exposicion, presenta Comella á su héroe augusto con la mayor naturalidad, los rizos caidos, el uniforme usado, levantándose de su cama de campaña y diciendo:

Ya estoy vestido: ahora bien,
Las botas ponerme es fuerza.
Aquí están: ¡oh, pesia á tal,
El trabajo que me cuesta!

A continuacion el gran Rey escribe un parrafito de la *Historia de Bramdembourg*, y despacha con su consejero Manfeld, que es precisamente el causante de la desgracia de Treslow. Síguese una visita al campamento, en que prueba el rancho y gasta bromas con los soldados, y luégo una audiencia, en que da una moneda de oro á una actriz, explicándola de paso que desde que es rey se ha vuelto muy económico en bien de sus vasallos; y por último, in-

fluido por el calumniador Manfeld, rompe el memorial de Treslow y le llena de improperios. Este desdichado, en vez de pedir un leve préstamo á Quíntus, favorito del Rey, que intenta consolarle, vuelve furioso á su casa, donde los hijos *in continenti* le piden pan. Presa su alma de la más negra desesperacion, sale resuelto á vengarse del Rey poniéndole un pasquin, y á dar de puñaladas al villano Manfeld, cuyo hijo, que parece estar al tanto de las picardías de su padre, se lo estorba y le facilita la huida.

Vuelve á presentarse á la vista del público el campamento, y Federico decide

.....que ya es hora
De que á este relox del cuerpo
Le demos la cuerda justa
Del necesario sustento.

Aplauden los generales, comen, y al final del banquete, el capitan de guardia les sirve, á guisa de postre, el pasquin vengador:

Es, ademas de raro,
Federico II un rey avaro.

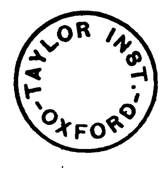
Revuélvesele la bílis en el cuerpo al Monarca, viendo que es blanco de un dístico de aleluyas; se apresura á sincerarse ante el público en una serie de liras furibundas, y hecho un basilisco, jura vengarse.

De nuevo aparece la choza de Treslow, y los dos niños obstinados en pedir pan, y la situacion se complica con acometerle á la madre un desmayo. Enterado el infortunado Treslow por una carta de Manfeld, hijo, de que el gran Federico ofrece cincuenta monedas de oro al que descubra el autor del pasquin, resuelve denunciarse, y así lo ejecuta-

Su mujer recibe dicha suma de manos del gran Federico, el cual le encubre el motivo de esta liberalidad. Las exclamaciones de Carlota labran en el ánimo del gran Rey, quien empieza á recelar que Treslow se haya sacrificado á su familia; y para distraerse, toca, con su favorito Quíntus, un duo de flauta, y luégo se engolfa en el despacho de varios arduos expedientes, entre los cuales es digno de especial mencion el formado á una augusta princesa, que, no solo se ha negado á pagar los derechos de arancel de unos trajes, sino que, llevada de la viveza de su carácter, ha dado de bofetadas al funcionario que le exigia el descubierto.

Hé aquí lo que Federico, evidentemente de Comella, no de Prusia, resuelve:

..... Para que no haya
Quejas, resuelvo que sean
Los derechos de la Aduana
De mi cuenta; que la estofa
La tenga líbre Madama
La Princesa; que se quede
Levitz con las bofetadas;
Y en cuanto al imaginado
Deshonor del que demanda,
Le relevo de él, respecto
De que una mano tan alta
No puede infamar á un
Administrador de aduanas.



Sosegado el estro gubernamental y poético de Federico, vuelve á meditar sobre el conato de asesinato de su consejero Manfeld, cuyo virtuoso hijo está preso por negarse á revelar el culpable, y sobre la delacion de Treslow, y confiesa que las circunstancias

Le llenan de dudas varias.

Viene á acrecentarlas Carlota, mujer de Treslow, que, con el cabello suelto, con un hijo en los brazos, con otro asido de su falda, y todos los síntomas de la más horrenda desesperacion, devuelve al Rey las cincuenta monedas de oro, precio de la delacion de su marido, al cual defiende, asegurando

Que tenía á su familia
Entre el hambre sepultada,
. . . .
. . . .
Que á su infeliee consorte
Le acometian mil bascas.....;

y en suma, que por eso adoptó

Esta heroicidad insana.

En vano Federico interroga al jóven Manfeld, que enmudece por no perder á su padre; en vano interroga á Treslow, que no tiene pruebas para sincerarse, y que, llevado de la desesperacion, parece desear la muerte.

Forman las tropas, Carlota se desmaya al ver á su marido en el centro de un piquete y con todos los síntomas de un fusilamiento inminente; pero traen un pliego al gran Federico; le abre; resulta ser del secretario de Manfeld, que tiene la oportunidad de morirse y de revelar, á manera de manda piadosa, que él fué el autor de las cartas que motivaron la degradacion de Treslow. En el acto el gran Federico nombra gobernador de Spandau al perseguido Treslow, condena á un castillo á Manfeld, y solo se echa de ménos para el triunfo completo y acabado de la inocencia que salgan los tiernos niños con un panecillo en la mano.

Pues esta produccion extravagante, en que corren parejas lo ramplon de la forma con la ridiculez de la fábula, ob-

tuvo un éxito extraordinario, sirvió de modelo á ingenios, inferiores aún á Comella, marcando el desventurado rumbo y la desastrada corriente que á fines del pasado siglo llevaban las letras españolas.

Hora es ya de poner término á la enojosa tarea de citar composiciones extravagantes y conceptos alambicados ó chabacanos, evocando el recuerdo de autores menguados, que alcanzaron pasajera fama, y que hoy son verdaderas momias literarias, sepultadas y petrificadas por el olvido público. Si, al parecer me he excedido, téngase en cuenta, no solo la observacion vulgar de que en literatura, como en moral, el más poderoso incentivo para la virtud es el recuerdo de la fealdad del vicio, sino tambien que la índole del asunto exigia imperiosamente todas esas citas.

Para apreciar los servicios prestados al habla castellana por los insignes escritores que capitanearon el movimiento clásico, preciso era recordar á qué extremo la habían llevado los que les precedieron en el campo de las letras; para estimar en lo que valen los esfuerzos de Cadahalso, Meléndez, Moratin el padre, Jovellanos, Forner y otros ingenios, por devolver á la poesía el brío, la majestad y la dulzura, y á la prosa la sencillez, el nervio y la elegancia de sus buenos tiempos, indispensable era poner á la vista los versos y la prosa en que escribian sus émulos y adversarios; para aquilatar, en fin, la importancia de los *Orígenes del Teatro* y de las obras dramáticas de Inarco, importaba sobremanera traer á la memoria lo que eran las representaciones escénicas de su época. Hecho esto, queda demostrado el inmenso servicio prestado á las letras españolas por la restauracion clásica, iniciada al mediar el siglo XVIII.

No pretendo, sin embargo, sostener que la empresa se llevara á cabo con perfeccion cumplida, ni he de negar que ingenios de condicion inferior intentaron, como sucede siempre, extremar el movimiento, ya exagerando la imitacion de modelos extraños, ya intentando pasar, desde los encrespados excesos del culteranismo, hasta el más frio é intolerable prosaismo [12]. Y ¿á qué negarlo, si he calificado yo mismo ese movimiento literario con el nombre de restauracion? ¿Quién ignora que en esos grandes impulsos de avance ó de retroceso del ingenio humano, que en la república literaria, como en el mundo político, se llaman revolucion ó restauracion ó reaccion, se cometen siempre excesos, que manchan el gran pensamiento que los preside? Semejan esas grandes conmociones de la humanidad al flujo y reflujo de los mares; y cuantos hayan contemplado absortos el inmenso Océano avanzando impetuoso sobre la costa y alzando sus hinchadas olas, habrán observado que al romperse éstas, se coronan siempre de espuma, y al dilatarse sobre la blanda arena de la playa, dejan delineados sus contornos con un negro feston de algas viscosas y de restos innanimados y putrefactos.

Vindicada la escuela clásica de cargos inmerecidos, bien quisiera entrar de lleno en el exámen concreto de las bellezas literarias que debemos á los preclaros ingenios que, en un período de depravacion, de abatimiento y de ruina, acometieron la regeneradora empresa de devolver á las musas españolas la hermosura, la pompa y el ornato que ostentaron en el siglo de oro. Pero ni lo consienten los límites del discurso, ni á ello alcanzarían mis fuerzas. El exámen, siquiera fuese somero, de las producciones de uno solo de esos

escritores, sería tésis suficiente para una disertacion académica. *El Sí de las Niñas*, joya del arte, en que la regularidad no daña nunca al interes, en que la verosimilitud de la ficcion dramática alcanza á confundirse con la realidad de la vida, en que la diccion y la forma rivalizan con el pensamiento, en que el crítico más severo no puede señalar con justicia un lunar, y en que el público saborea bellezas incomparables, prestaría, por sí solo, materia para un estudio literario tan extenso como el que dejo terminado.

Reservando esta grata tarea para escritor más competente ó para ocasion más propicia, séame lícito, al ménos, concluir rindiendo el tributo de mi admiracion á Moratin, que aparece más grande y más digno cuando se recuerdan las miserias de la época que le vió nacer, y cuando se le ve levantar entre semejantes escorias y repugnantes ruinas un monumento al arte español, con sus cinco comedias,

Cinco no más; pero de luz tan pura,
De juventud tan fresca y tan lozana,
Que vivirán cuanto en la edad futura
Viva la hermosa lengua castellana. (*a*)

HE DICHO.

(*a*) Ventura de la Vega.

NOTAS.

---

[1] La publicacion, hecha en 1845, de las obras, que dejó inéditas D. Manuel Silvela, fué acogida con aplauso público. Áun recuerdo que la circunstancia de llevar el mismo nombre de mi abuelo dió entónces lugar, no obstante mis pocos años, á que más de una persona, á la verdad indocta, me felicitase, no sin cierta estupefaccion de mi parte — y el caso no era para ménos — por el éxito lisonjero de mis obras *póstumas*.

En cuanto al aprecio que merece á los eruditos, séame lícito insertar aquí unos párrafos del *Bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana*, del Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto:

«Entre aquellos varones ilustres se distinguió asimismo *D. Manuel Silvela* por su saber, por la pureza y elevacion de sus doctrinas morales, y por la sencillez patriarcal de sus costumbres de familia. Lanzado de su patria por el huracan de las desgracias públicas, halló en su laboriosidad y en su talento amparo contra la adversidad para sí, para su esposa y para sus hijos. La perseverancia, el acierto, el sano y trascendental espíritu, la delicada solicitud con que dirigió, así en Burdeos como en París, un establecimiento de educacion para la juventud española, son títulos de gloria verdadera para el nombre honrado y honroso de *D. Manuel Silvela*.

»En su casa pasó *Moratin* los últimos años de su vida, mirando como suya propia la interesante familia de su amigo. Aquel insigne escritor exhaló el último suspiro en brazos de Silvela, y éste pagó la deuda del ca-

riño y admiracion, erigiendo á su costa, en el cementerio del *Père Lachaise*, un monumento fúnebre al esclarecido poeta cómico, entre *Molière* y *Lafontaine*.

»En el notable discurso histórico-crítico que publicó *Silvela* al frente de su *Biblioteca selecta de la literatura española*, en la *Vida de Moratin*, y en los varios escritos suyos, ya históricos, ya jurídicos, que han sido dados á la estampa, demostró *Silvela* que era docto investigador, hombre de sano criterio y hablista fácil y correcto. La sensatez prepondera sobre la fantasía en sus escritos, y por eso es mejor prosador que poeta. Su sentido crítico era perspicaz y seguro; y es curioso verle empeñado en eterna y amistosa polémica con *Moratin* sobre los principios del arte dramática, sosteniendo, contra el inexorable clásico, «que la nimia austeridad de las »reglas ha esclavizado el ingenio: que el mismo Moratin era prueba de »esta verdad..... y que en las letras los pecados verdaderamente irremedia»bles son la frialdad, la insipidez, la falta de accion, de interes.» Tal doctrina aparece ahora llana y corriente; pero debe recordarse, para gloria de *Silvela*, que esto lo decia á Moratin un hombre educado con las ideas clásicas francesas, muchos años ántes de que se hubieran propagado y madurado en Francia y en España los amplios y tolerantes principios de los Lessing y de los Schlegel.»

2 Bien distante me hallaba, al hacer esta alusion al Ilmo. Sr. D. Pedro Felipe Monlau, de creer que la muerte había de arrebatar á los pocos dias á tan distinguido Académico, modelo de laboriosidad, de modestia y de ciencia. Sirva esta nota de testimonio de alto respeto y acendrado cariño á su memoria.

3 No me propongo hacer un extracto de las extensas biografías antiguas, ni áun de los mismos artículos biográficos modernos, que se han consagrado á la memoria de Juan Bautista Marini.

Sabido es que nació en Nápoles, en 1569, y que prófugo del foro, no obstante los ruegos paternales, se echó en brazos de las Musas, ingresando en la academia *Degli Oziosi* (que, á juzgar por el título, no debe haberse extinguido por falta de prosélitos), y llevando en Roma, al lado del cardenal Aldrobandini, y luégo en la córte de Saboya, esa vida aventurera, mezcla extraña y confusa de la existencia del cortesano y del trovador, fértil en sonetos, rica en cuchilladas, ocasionada á las más extrañas peripecias, y habitual en los poetas de aquellos azarosos tiempos.

Debió Marini la reputacion que alcanzó en vida, y la nombradía que ha conservado despues, más que á las dotes de su ingenio, que no eran extraordinarias, á la circunstancia de haber sido uno de los primeros y más

activos propagadores del culteranismo, usando y abusando singularmente de las metáforas más extravagantes, y sustituyendo la expresion sencilla de los afectos con formas hinchadas y ampulosas.

No satisfecho con la propaganda ejercida en su propio país, pasó á Francia, y protegido y pensionado por la reina María de Médicis, escribió en París su obra capital, el *Adone*, dedicada al rey Luis XIII, la cual puso el sello á su reputacion y ejerció el más pernicioso influjo en la poesía francesa de aquel período. Entre nosotros alcanzó igual favor, y así es que nuestro Gracian invoca su nombre repetidas veces, como una autoridad de las que, aceptadas por el mundo literario de entónces, no podían ponerse en tela de juicio.

4 Á estas hay que agregar, segun Artiga, varios primores de lenguaje, como las *conduplicaciones*, *reduplicaciones*, *conglobaciones*, *similicadencias*, *similidesinencias*, *compares* y *parisones*, *conmutaciones*, *discrímenes*, *aporias*, *erotimas*, *epistrofes*, *noemas*, y otras figuras no ménos discretas y elegantes.

5 Lvzes | de la avrora, | dias del sol, | en fiestas | de la qve es sol de los dias, | y avrora de las lvzes, | Maria Santissima. | Motivadas | Por el nuevo indulto de Alexandro Septimo que concede octava con precepto de rezo de la | Inmaculada Concepcion. | Celebradas por la antigva piedad del | Excelentissimo Señor Marques de Astorga, y | San-Roman, Virrey, y Capitan General | del Reyno de Valencia, &c. | A cvya proteccion | Las dedica, el que las escrive, | Don Francisco de la Torre, y Sebil, Cavallero del | Abito de Calatrava, y en la voz de dicha Orden | substituto del Excelentissimo Señor | Marques de Aytona. | Impresso en Valencia por Geronimo Vilagrasa, junto al molino | de Rovella. Año de 1665. | A costa de Vitoriano Clapès Mercader de libros, junto a S. Martin.—En 4.°

6 Colirio | del Zelador del Manna | Evcharistico. | En el qval se le enseña al alma | lo qve mas le conviene saber, para dexar la cvl- | pa, y lograr la Gracia. | Contiene dos partes. En la primera | se explica en verso la Doctrina Evangelica. En la segun- | da se pone la Fundacion practica de la Cofadria (*sic*) | de la Minerva. | Dalo a la Estampa | el Licenc. Migvel Casbas, y Aynsa, | Beneficiado en la Villa de Alguayra, y aora habitante | en el Lugar de Antillon. | Dedicalo a la Magestad de Christo | Consagrado, Maria Santissima, y Santos de | la Gloria. | *Con licencia:* En Huesca: Por Joseph de La- | rvmbe, Impressor de la Vniversidad, Año 1704.—En 4.°

7 EL GENITIVO
De La Sierra De Los Temores,
CONTRA EL ACUSATIVO
De El Valle De Las Roncas:
O UN LICENCIADO EN CERRO, EN PELO SIN OTRA Sociedad, y por sì solo: contra un Doctor, Don, Padre, Fray, ó Frey, graduado en la Universidad de Comospoli (*sic*); y enjaezado con la brillante secular Compañía de varios Tertulianos Pseudo-político-literatos.
Alias
DEBIDA PROPULSACION NOVISSIMA CONTRA VARIAS Acusaciones Modernas, y Decanas; que como de raìz infecta pullularon en la primavera de el tiempo mas florido de nuestro Catholico Monarcha: con que se procuró lastimar el buen nombre, y merecida gloria de las Comunidades Mayores de España segun el sucesso, que en el Prologo se aclararà.
A QUE SE AGREGA EN ESTE, NO TANTO POR INcidencia, quanto por principal de la obra, una *invectiva* contra varias bocas maldicientes, y muchas plumas mordicantes, que no menos ofenden, y denigran varios cuerpos colectivos insignes, y otras personas expectables: proponense varios remedios contra todas; y especialmente contra las que debilitan, y extenuan las Regalìas de nuestros Reyes invictos.
Dividese En Dos Tomos.
POR
EL LICENCIADO DOMINGO SERRANO, OPOSITOR, que pudo ser à las Cathedras de la Universidad de Salamanca, y no lo fue; porque segun sus meritos siempre creyò su humildad no le tocarìa alguna.
Dedicase
AL HOMBRE JUSTO, AL ESPOSO DE MARIA, A SAN Joseph, sin mas Panegyrico fulgente, ni otra Dedicatoria coruscante,
TOMO I.
Año 1760.
Las Aprobaciones dadas de orden de ambos Tribunales, Eclesiastico y Real, se pondràn, quando se dè al público.

[8] Léese con frecuencia en libros extranjeros, que así como el sello distintivo de las letras italianas es la propension á las frases alambicadas (*concetti*), en España puede considerarse la hipérbole como un vicio nacional.

Sin desconocer que, por tradicion, por raza ó por clima, hay entre nosotros tendencia marcada al culteranismo, séame lícito hacer notar que esa grave afeccion literaria, que en España tiene efectivamente algo de endémica, ha tomado en períodos históricos determinados el carácter de verdadera epidemia, invadiendo y asolando las naciones más sesudas y prosáicas.

Recuérdese, si no, el lenguaje hiperbólico y amanerado que dominó en la córte de la reina Isabel de Inglaterra, donde pasaban de mano en mano la *Arcadia* de Sidney, y sobre todo el *Euphues*, *the anatomy of wit*, ó sea *La Anatomía del ingenio*, de John Lilly, y forzoso será reconocer que, en punto á afectacion, metáforas y ponderaciones de todo género, poco tenían que echarnos en cara los ingleses.

Pues otro tanto cabe afirmar de Francia, si se recuerda lo que era la tertulia literaria, con ribetes de política, que ocupaba el histórico *Hôtel de Rambouillet*, y que estuvo dictando, durante los reinados de Enrique IV y Luis XIII, las leyes del buen decir.

La noble Catalina de Vivonne y la bella y honesta Julia d'Angennes, celebrada bajo el nombre de *Artenice*, no solo por los copleros de la época, sino hasta por el mismo Fléchier, en un sermon de honras, ocuparon, en el célebre salon azul, el sólio del buen gusto, y agruparon á su alrededor á otras nobles damas, que se dieron á desvariar en culto, hasta que la musa de Molière vino á poner en ridículo la extravagancia de ideas y de conceptos que dominaron en Francia cerca de medio siglo.

Verdad es que el *Hôtel de Rambouillet* ejerció saludable influjo en las costumbres públicas, creando la exquisita urbanidad francesa; verdad tambien que Bayle lo calificó de *Palacio del Honor*, por más que aludiera, sin duda, al honor frívolo y quisquilloso, que estriba en rendir tributo á la belleza y desenvainar la espada á la vuelta de cada esquina; verdad, en fin, y éste es el principal título á la pública consideracion, que las nobles damas y los fervorosos adeptos de la tertulia difundieron la aficion á las letras y al estudio en las altas clases de la sociedad francesa; pero, concedido todo esto en elogio de las *preciosas ó cultas*, no puede negarse que se hicieron dignas de las censuras de los grandes clásicos, á quienes hay que agradecer que pusieran correctivo á un período literario, que reunía los defectos del conceptismo italiano, del gongorismo español y hasta del eufuismo de los ingleses.

Las preciosas ó cultas elevaron altares al amor puramente intelectual, despojado de terrenales apetitos; crearon una verdadera ideología senti-

mental, con un tecnicismo apropiado á ella, que forma la base de la *Astrea*, *Clelia*, *Cyro*, *Cleopatra* y otras producciones extravagantes de d'Urfé, la Calprenède y Mlle. Scudéry; así como las poesías de Chapelain, Ménage y Voiture son un débil eco de aquella algarabía á la moda, que exigía que se llamase al espejo *consejero de las gracias*, y que consentía que el gran Richelieu llevase el culto apodo de *Séneca*.

9 D. Ramon de Mesonero Romanos, cuya competencia en la materia es notoria á cuantos me escuchan, en un curioso trabajo que, con el título de *Rápida ojeada sobre la historia del teatro español*, dió á luz en el *Semanario Pintoresco Español*, segunda serie, tomo IV, año 1842, dice en la pág. 390, col. 2.ª: «Al frente de toda aquella turba de escritores descollaban por su laboriosidad, cuando no por su mediano ingenio, D. Antonio Valladares de Sotomayor, D. Vicente Rodríguez de Arellano, don Gaspar Zavala y Zamora y *D. Luciano Francisco Comella*.» Y más adelante: «Por último, D. Luciano Francisco Comella, tan célebre desde entónces, más que por sus muchas obras, por las despiadadas sátiras de Moratin, bastaba él solo para surtir el teatro de novedades diarias en el género altisonante y de bambolla, que entónces chocaba tanto al público y levantaba tan alta la fama de los amanerados actores. *Catalina II*, *Federico II*, *Luis XIV* el Grande, *María Teresa de Austria*, *Cristina de Suecia*, *Gustavo Adolfo*, y otros monarcas más ó ménos contemporáneos, eran para Comella otras tantas minas de enredos dramáticos, colgándoles cualquiera anécdota más ó ménos sentimental, poniendo en su boca todos los partes de las gacetas, haciéndoles pasar revistas ostentosas, montar á caballo, asistir á batallas, tomar plazas, perdonar reos y coronar tiernos amantes, con gran satisfaccion del público y no poco lauro de los actores, *Manuel García Parra*, *Antonia Prado*, *José Oros* y la célebre *Rita Luna*, que, como todo el mundo sabe, supo dar tan alta importancia á *La Moscovita sensible*, *La Esclava del Negro-Ponto* y otras piezas de Comella.»

Por su parte, Ticknor, en la *Historia de la Literatura española*, traduccion de los Sres. Gayángos y Vedia, tomo IV, pág. 134, escribe: «Algo mejor que los dos anteriores (Valladares y Zavala), y seguramente más aplaudido por la clase culta de sus contemporáneos, fué Comella, que igualó en fecundidad de ingenio á Valladares. Su facilidad en escribir y en inventar nuevas é inesperadas situaciones parecía haber producido en sus oyentes el mismo encanto que Lope y Calderon produjeron en su tiempo. Pero, por desgracia, Comella carecía del ingenio de estos grandes hombres. Sus fábulas son tan enmarañadas y á veces tan interesantes como las de aquellos poetas; pero, generalmente hablando, rayaban en el más alto grado de necedad y de absurdo. Aun tratando asuntos tan conocidos como los

de Cristina de Suecia, Luis XIV y Federico el Grande, Comella prescinde completamente de la verdad histórica, de la verosimilitud y áun de la conveniencia. Su versificacion es tambien pobrísima, pues aunque empleaba el género de metro que tan popular fué siempre en Castilla, carece de la variedad, riqueza y energía que tanto distingue á los antiguos poetas. Con todo, es preciso confesar que con sus diálogos en romance, con la ternura y honradez de sus sentimientos y la buena eleccion del asunto, Comella supo de tal manera ganarse el favor de su auditorio, que más de ciento de sus disparatados dramas (unos en prosa, los más en verso, ya sobre asuntos históricos, ya sobre anécdotas amorosas de su propia invencion) fueron recibidos con grande aplauso; y produjeron más ganancia á los teatros que todo cuanto por entónces podían ofrecer á la multitud, de quien dependía su existencia.»

[10] Hace notar Ticknor que la popularidad de Valladares, Zavala y Comella no fué bastante á conseguir que se coleccionasen sus obras, y dice poseer algunas sueltas de estos y otros autores de aquella época, añadiendo: «Solo de Comella tengo treinta, y no me atrevo, por vergüenza, á confesar cuantas de ellas he leido por el único placer de entretenerme con sus extravagantes fábulas.» De mí sé decir que pasan de sesenta las que he recorrido, cuando no completado su lectura; y D. Manuel Óvilo y Otero, en su *Catálogo biográfico-bibliográfico del teatro español*, cita setenta títulos de obras de Comella, sin contar *La Esclava del Negroponto* y alguna otra que, siendo notoriamente de este autor, no se publicaron con su nombre.

[11] García Villanueva, en su *Orígen, épocas y progresos del Teatro Español*, dice en una nota, pág. 318, hablando de algunas poetisas españolas: «..... y en los tiempos presentes hemos visto composiciones dadas á los mismos (á los teatros), por doña Gabriela Moron, doña Rosa Gálvez, y *áun de doña Joaquina Comella, hija del actual D. Luciano.*»

[12] No conozco documento más importante para fijar la trascendencia del movimiento iniciado por los clásicos españoles, así como para comprender los efectos de la exageracion á que algunos intentaron arrastrarle, que la carta dirigida por Moratin desde Burdeos, con fecha 4 de Agosto de 1824, á D. Mariano y D. Pedro Nougues, é inserta en el tomo III, página 11, de sus *Obras póstumas*. Hé aquí cómo se expresa este eminente escritor:

«Yo, para escribir versos, segun el género á que quisiera aplicarlos, estudiaría á Garcilaso, á Herrera, los Argensolas, Luis de Leon, Francisco de la Torre, Arguijo, Rioja, Lope (el extravagante Lope), Valbuena y otros del siglo XVI y XVII, y en sus obras (separando á un lado lo que es

defectuoso) hallaría el régimen, la propiedad, la gracia, la energía, la robustez, la abundancia, el giro poético y la armonía de la versificacion. Nada de esto han hecho los jefes del moderno culteranismo: han estudiado de prisa, ó por mejor decir, no han estudiado ni conocido, los autores de Grecia y Roma; apénas emancipados de los nominativos, se han dedicado á la literatura francesa exclusivamente, sin cuidarse de cultivar la lengua con que los arrullaron en la cuna. Oyeron decir que en nuestros poetas (tomados en monton) se hallaban defectos considerables de juicio y de gusto, y tomaron el partido de no leerlos y despreciarlos, como si un español pudiese hallar en otra parte el lenguaje de las Musas. Con esta voluntaria privacion, empezaron á hilar versos y á filosofar en consonantes, supliendo el idioma patrio, que ignoraban, con otro que ni es frances ni castellano ni esgüízaro, ni perteneciente á nuestro siglo ni al de Berceo, porque de todo participa. Formaron una especie de masonismo literario, dirigido á desacreditar cuanto se aplaudía ántes que ellos naciesen, á persegúir y aniquilar á los que no fueran sus devotos, y á elogiarse y rascarse mutuamente, recomendando sus opúsculos á la presente y las futuras generaciones. Hallaron para esto un pobre hombre, que, ajeno de todo buen estudio, sin más prendas de literato que las de saber leer y escribir, tradujo del frances, en jerigonza bárbara, lo que Blair había compuesto en inglés para los ingleses, y acudió al auxilio de sus amigos, á fin de suplir el gran vacío que resultaba en aquella obra relativamente á nuestra literatura. Esto proporcionó á sus colaboradores la ocasion de lucir su crítica y su exquisito gusto, y aquel buen hombre se halló de repente convertido en un delicadísimo Aristarco, que con una mano de hierro y otra de lana dispensó á diestro y siniestro los arañazos y las cosquillas. No hay para qué decir á ustedes cuánto disparate amontonó en sus miserables adiciones; baste decirles que con el apoyo de sus fautores, logró ver su obra trasformada en libro elemental, de órden del Consejo (Corporacion que de todo entendía), el cual mandó que se aprendiese en las escuelas el buen gusto de Munárriz, como lo dice el Fiscal. En efecto, por tal autor se aprende á juzgar y á componer, siendo el resultado que la estudiosa juventud ha llegado á perder el tino con guía tan pérfida, y que el gusto de las buenas letras ha desaparecido de nosotros, y lleva camino de no volver en mucho tiempo. Toda esta homilía puede reducirse á dos proposiciones: primera, que no será buen poeta en español el que no se familiarice con el estudio é imitacion de los buenos poetas antiguos españoles, en los cuales, y solo en ellos, encontrará los primores del lenguaje, del estilo y de la armonía; segunda, que los modernos han corrompido el gusto, el idioma y la frase poética, y que el que los siga se confunde y se pierde.»

CONTESTACION

DE

DON ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

Señores:

El discurso que se acaba de oir plenamente justifica la última eleccion de esta Academia. La claridad del lenguaje, la frescura del estilo, el acendrado buen gusto, el juicio y saber crítico que en él brillan, muestras son claras de que no podia caer en mejores manos la causa de nuestros clásicos del siglo anterior. Y aunque otros motivos faltáran, que no faltan, este notable trabajo bastaria á probar cuán digno sea D. Manuel Silvela del honor que hoy recibe, y de llevar el nombre de una familia benemérita de las letras españolas, así por su propio valer, como por la generosa asistencia que á D. Leandro F. de Moratin prestára en los postreros y más tristes años de su vida.

Con tiernas y elegantes frases ha invocado el nuevo Académico el recuerdo venerable de su abuelo, cuyo nombre lleva, y el de su padre D. Francisco Agustin; y entibiarian quizá el efecto de ellas, otras mias, ménos sentidas. Ociosos, ademas, fueran mis elogios cuando no hay quien desconozca aquí el *Discurso preliminar* de la *Biblioteca selecta de la literatura española*, publicada en Burdeos en 1819; ni el *Compendio de historia antigua*, ni la interesante *Biografía*

de Moratin, obras todas del íntimo amigo de éste, D. Manuel Silvela; así como los apreciables *Estudios prácticos de Administracion*, que en 1839 dió D. Francisco á la estampa. Baste decir, pues, que ambos eran señalados varones; y no es mucho que, con el ejemplo de los dos y la inmediata direccion del último, temprano adquiriese el autor del discurso á que respondo, las singulares dotes que le permitieron comenzar bajo tan felices auspicios. Daba yo á la sazon principio á mi propia carrera literaria y política, y tengo bien presente el éxito desacostumbrado de los primeros artículos, que salieron á luz con el seudónimo trasparente de *Velisla*. Muchos, en verdad, esperaron que la acerada pluma de Larra encontrase en el novel adalid digno dueño, y que nuestra lengua, mejor que otra alguna formada para los chistes, la ironía y la sátira, por los incomparables maestros de otro tiempo, Mendoza, Cervántes y Quevedo, tornára á ser, cual en manos de ellos, eficaz y justo azote de los vicios sociales. Sinceramente ha explicado el Sr. Silvela las causas de que tales presunciones quedasen en parte, que no por entero, burladas. Porque hay, de todos modos, en el volúmen cortísimo que, con el título de *Sin nombre*, ordenó en 1867 el Sr. Silvela, páginas, si ménos amargas, capaces de rivalizar en gracia con las del propio Larra; rasgos no indignos de Paul Louis Courier, aunque sembrados en obrillas más espontáneas y cortas, y de menor intencion y alcance; escenas, en fin, de costumbres, de tanta verdad llenas, que no las habria pensado mejor ni escrito tan bien el ingenioso Zabaleta (de alegre y celebrada memoria) á haber viajado de Madrid á Castro-Urdiales por los años de 1859, ó meditado en las mañanas de la Granja, ó tenido á mano

los modernos asuntos de las sabrosas obrillas intituladas *Salir de Madrid*, *Literatura infinitesimal* y *Cuatro capítulos de una novela inédita*. Pero al cabo el Sr. Silvela no hizo del difícil arte de pintar las costumbres y vicios sociales asiduo estudio; no ejercitó sus disposiciones felicísimas sino en las horas ociosas; no ha escrito, en suma, ni tanto ni tan bueno cuanto habria podido, por razones que no pocos de los presentes deben de haber oido, cual si les leyeran parte de su propia historia. ¡Oh, y cuán pocos son, dentro ó fuera de esta Academia, los que debieron á la fortuna suficientes favores para no tener que apartar nunca la vista del delicioso campo de las letras! Por este motivo la administracion pública en sus ramos diversos, el foro ó la política han ocupado, ni más ni ménos que del Sr. Silvela, los años mejores del mayor número de los que aquí nos sentamos; de manera que pocos acertaríamos á censurar, aunque quisiésemos, la escasez de sus obras. Quien tiene gran motivo de queja en tales casos no es sino la literatura nacional; y ella se aplacará fácilmente si, llegado al término de sus afanes, comienza ya á resarcirla nuestro nuevo colega del abandono involuntario en que hasta aquí la ha dejado. Así unirá él tambien muy pronto á sus notorios timbres de abogado y orador político, altas y duraderas glorias literarias, más apetecibles, por cierto, que otras ningunas de las que ofrece España en los oscuros tiempos que alcanzamos.

No creo que á nadie le haya parecido largo el amenísimo discurso del Sr. Silvela; pero de mí sé decir que si algo lamento, es que no haya debido serlo más, por razon de su objeto. Pudiera yo excusar en tal caso consideraciones, que sólo por falta de espacio cabe echar en él de mé-

nos. Mi tarea ha de reducirse, de todas suertes, á acabar de poner en claro el estado en que se hallaban nuestras letras pasados los dos primeros tercios del último siglo; exponiendo brevemente mi juicio, tanto sobre la índole, principios y consecuencias de la restauracion clásica de aquella época, como acerca del mérito personal de sus dos principales representantes. Que no es dudoso, Señores, que fuese loable empresa luchar con el culteranismo hasta rendirlo y reemplazarlo con ventaja, único modo de triunfar de véras en todo linaje de lides; y si demostracion faltaba aún, la da cumplidísima el erudito y curioso discurso del Sr. Silvela. Pero, bien que la enfermedad sea sabida de todos, no es igualmente incontrovertible que los que la curaron acertasen con los más eficaces ni los más inocentes remedios; pues hay quien repute mayor que el beneficio el daño. Contra esta opinion, á no dudarlo errónea, está principalmente enderezado el discurso del Sr. Silvela, en el cual patentiza que peor que mucho de lo que hubo, ya no era posible que hubiese nada; por lo ménos en el teatro, donde al más agudo ingenio le fuera difícil exceder de burlas los desatinos que el buen Comella muy formalmente ponia en las tablas. Lo que resta examinar es si son tales, como algunos suponen, las faltas de nuestros últimos clásicos; y qué parte de ellas corresponde á las circunstancias políticas ó sociales, cuál á las doctrinas críticas reinantes, cuánta, por fin, á sus propias y personales flaquezas. Todo esto manda considerar la recta crítica de nuestra época, que no gusta de imponer sino merecidas censuras; y mi propósito es no infringir sus justísimas leyes en el somero estudio que del asunto he de hacer.

Grave error sería deducir de los falsos principios y extraños ejemplos citados hoy por el Sr. Silvela, que fuera el décimoctavo siglo, no ya á los fines ó á la mitad, sino ni áun al comienzo, período de general decadencia de la cultura patria. Es ésta de aquellas cosas que se dicen más que se piensan, pasando tal vez de boca en boca por pereza de analizarlas. Porque la poesía lírica habia ya caido del todo hácia la segunda mitad del siglo XVII, sin que el brillo de ésta ni el de la dramática pudiera renovarse en los dos primeros tercios del siguiente, se suele condenar de plano una época, por otros conceptos digna de honrada memoria en nuestros anales literarios. Sabido es por demas que el cultivo de las ciencias entónces conocidas, de la erudicion, de las lenguas, fué no ménos asiduo que el de las bellas letras en los reinados de Cárlos V y Felipe II; debiéndose, á no dudar, el maravilloso vuelo que tomaron aquí á un tiempo todos los ramos de cultura al frecuentísimo trato que tenian á la sazon nuestros compatriotas con los pueblos más civilizados del mundo. Vióse á los españoles, durante el siglo XVI, aprender y enseñar en las sábias universidades de Francia ó Flándes; rimar y construir estrofas en la ribera de Nápoles ó las orillas del Pó, al tiempo mismo que el Ariosto y el Tasso, estudiando á la par con ellos al Petrarca y al Boccacio; predicar en Inglaterra la verdad católica á los mal convertidos súbditos de la reina María; disputar doctamente en Alemania, secundando con sus silogismos los golpes de la temida espada de Cárlos V; plantear, profundizar, ilustrar en Trento las más complicadas cuestiones teológicas; contribuir más que nadie á extender el imperio de la filosofía escolástica, produciendo con arreglo

á su método y principios, abundantes y preciados libros, no ya sólo de teología, sino de derecho natural y público, de jurisprudencia canónica y civil. Ni los estudios lingüísticos, ni los escriturarios, ni las matemáticas, ni la astronomía, ni la topografía, ni la geografía, ni la numismática, ni la historia en general, materias tan descuidadas más tarde, dejaron de florecer tampoco durante el período referido, con ser aquel mismo el que vió nacer, por causa de la oculta y amenazadora invasion del protestantismo, los mayores rigores de la censura real y eclesiástica en España. Pero desde los dias de Felipe III hasta ya bien entrados los de Cárlos II la decadencia en todo género de estudios graves, eruditos y profundos fué luégo rápida, palpable, total, precisamente á la hora misma que con rayos más altos resplandecia en nuestras letras la inspiracion dramática. Plena prueba es de este aserto una consulta, que poseo inédita, acerca de las personas que deberian acompañar á Inglaterra á la infanta María, presunta mujer del Príncipe de Gáles, y en la cual el Consejo de Estado recomendó muy particularmente á Felipe IV, que comenzaba á reinar entónces, cierto jesuita escocés, «porque tenía (dice textualmente el documento citado) todos los estudios que *allá estiman* y *acá no se usan*, como son lenguas, controversias y matemáticas» [1]. Hablando en secreto al Rey sobre asuntos de público interes, y siendo los que tal hablaban sabios ministros, no hay más remedio que prestar fe á esta mala noticia literaria. En el postrer reinado de la dinastía austriaca, los primeros diez y seis años del cual iluminó Calderon, como espléndida luz de ocaso, notóse otra vez cierto calor en los buenos estudios, comenzando por los históricos, cuyas ex-

celencias ya habia celebrado, mejor que nadie, Fr. Jerónimo de San Josef, en su conocida obra intitulada *El genio de la historia*, y continuando por los de lenguas y controversias, erudicion y crítica, derecho civil y canónico; cual se echa de ver en las obras insignes de D. Nicolas Antonio, Ramos del Manzano, D. Juan Lúcas Cortés, el Arcediano Dormer y el Marqués de Mondejar, predecesores ó maestros de Macanaz, Ferreras, Berganza, Burriel, Florez, Mayans, Velazquez y Perez Bayer, útiles faros aún de la literatura nacional. El Santo Oficio, siempre inflexible con los judaizantes y moriscos, ni vigilaba, ni asustaba mucho realmente á las personas de calidad y fama en los dias de Cárlos II, porque el poder real, de donde tomaba su fuerza, andaba tiempo hacia en manos flacas; y en el entretanto el espíritu de exámen, dejando en paz por de pronto las cosas divinas, y ocultándose bajo el manto de las ciencias positivas, se abria fácil paso por todas partes, llegando á penetrar inadvertido hasta en la misma España. A tales causas se debió, en mi concepto, aquel inesperado renacimiento literario. Mas, sea cualquiera el orígen del fenómeno, su realidad no puede negarse; y no será culpa mia, sino de la verdad estricta, que falte en esta ocasion tambien aquella rigurosa unidad ó simetría, tan pretendida por algunos teóricos, y que tanto suele escasear en la sucesion verdadera de los hechos humanos.

Resulta de aquí, pues, que la íntima y sustancial decadencia de la cultura española pertenece, mal que nos pese, al brillante período dramático y artístico del tiempo de Felipe IV; decadencia no imputable al personal influjo de aquel mal conocido monarca y su gobierno, que no dejaron de hacer esfuerzos laudables por establecer en Madrid

una grande escuela científica [a], sino hija de causas complejas y combinadas, cuyo análisis toca á la historia nacional. Ni siquiera la poesía lírica dió de sí mucho con que deba envanecerse la musa española desde el primer tercio del siglo XVII en adelante; siendo su última expresion elevada las *Epístolas morales* y *Sátiras*, donde nada se ensalzaba ya, y casi todo lo existente se reprendia. Lo único que en las soledades literarias de los últimos años de Felipe IV se quedó á hacer compañía á la poesía dramática, fué la prosa castellana; y si observamos bien, Señores, el estado que ésta alcanzaba al terminar el siglo, verémos que en los libelos políticos, ya en prosa, ya en verso, que en tanta parte forman su caudal, ninguna de las calidades que resplandecieron en Quevedo ó Saavedra falta aún, así como los defectos no son otros que los de aquellos singulares ingenios. Solís, que escribió por entónces, tambien es un prosista que en fama y mérito rivaliza con el mejor de España; y el libro que más fielmente retrata la condicion infeliz de nuestro gobierno en las honradas, pero débiles manos de Cárlos II, es á saber: la *Relacion histórica del proceso criminal fulminado contra el reverendísimo padre maestro fray Froilan Diaz*, será dechado siempre de lenguaje y estilo castellanos. Vivia, por tanto, la buena prosa á pesar de los preceptos de Gracian y de los desdichados ejemplos que ofrecian á la imitacion vulgar los autores culteranos; vivia asimismo la antigua musa dramática, porque, si bien Calderon era ya muerto, nadie puede decir que faltase su sistema, como su genio faltaba, en las obras de D. Antonio de Zamora; vivian, por último, y con nuevo y renaciente brío, la crítica histórica, la erudicion, el derecho, en los libros de los claros

varones ántes nombrados, cuando ocupó la casa de Borbon, tras larga y empeñadísima guerra, el trono de España. No tardó luégo en recobrar Salamanca el estudio de la astronomía y de las matemáticas, *misterioso, temido, olvidado* hasta entónces, segun dijo literalmente su inesperado restaurador D. Diego de Torres Villarroel, aquel fecundo prosista y poeta, que, con el mote del *Piscator* ó su propio nombre, divirtió tanto los ocios de la aristocracia y la plebe de su edad [3]. Y dado el empuje, á la celebridad de Torres hubo que añadir inmediatamente la de Feijóo, en mucho mejores títulos radicada. Fué éste, cual se sabe, oráculo de su siglo; y aunque no le faltáran graves censuras, así extranjeras como nacionales, en vida, no ha sido del todo menospreciado sino más tarde por la fácil suficiencia de escritores, que no nacieron quizá con más ingenio, sino en mejor tiempo. Las caidas de la fama, como de cualquier sitio encumbrado, son más peligrosas á medida que se cae de más alto. Pero Feijóo era hombre de gran talento sin duda alguna; y en realidad poseia un caudal de conocimientos útiles y prácticos, si no profundo, tan copioso, que ningun otro español lo habia reunido tal desde los dias de Felipe III. Bastáran, cuando otras faltasen, las obras de aquel constante, valeroso y fecundo escritor, con sus frecuentes errores y todo, para determinar una época, no ya de decadencia, sino de adelanto, lento y difícil seguramente, mas no por eso ménos cierto.

De lo que en el entretanto continuó careciendo España por toda la primera mitad del siglo décimoctavo fué de verdadera poesía lírica. Uno de nuestros doctos compañeros acaba de ponerlo en evidencia, reimprimiendo, ó de nuevo

dando á luz, las principales obras poéticas de dicho siglo, con muy discretos y eruditos comentarios. Que esta ruina de nuestra poesía lírica se debiese al *culteranismo*, nadie lo ignora; mas importa descubrir la razon del largo y absoluto imperio de aquel infeliz sistema poético. Para mí no fué otra que el estar ya agotado el ideal, ó sistema clásico adoptado por los poetas líricos, como por los artistas todos del *Renacimiento*. Cuanto buena y sencillamente podia tratarse ó decirse entre los árcades artificiales, estaba dicho ó tratado de sobra, y tan felizmente, que apénas era posible mejor. No hay ideal ó sistema lírico que no se agote y muera de todos modos en más largo ó breve plazo; porque naciendo al calor de las ilusiones ó esperanzas de una época, desaparecen con el frio de la realidad y el análisis. Dió, en verdad, al renacimiento clásico en la poesía lírica, vida mayor que su remoto orígen prometia, el régimen político y eclesiástico de la sociedad en que floreció nuevamente; poseida ya del espiritualismo cristiano, pero falta de libertad y expansion, lo mismo en los países protestantes que en los católicos, puesto que el dogmatismo y la intolerancia reinaban en todos á un tiempo. La soberbia de la razon rebelde, la melancolía de la fe vacilante, las intuiciones profundas, las penosas contradicciones, los deseos ilimitados, la desesperacion, el egoismo, todos los varios fenómenos, en fin, del individualismo característico de nuestra edad, que tan copioso alimento han dado á la moderna poesía lírica, faltaban en los vates del décimosexto y décimoséptimo siglos, ya obedientes á una iglesia, ya á otra, ya sujetos á esta, ya á aquella forma de gobierno, mas nunca independientes ni entregados á merced de su libre albedrío. Eso que sole-

mos llamar *lo convenido* ejercia un imperio entónces por todas las esferas de la vida, de que apénas sabemos darnos cuenta hoy en dia. Natural era, de consiguiente, que no hallase otras inspiraciones espiritualistas la poesía que la rigorosamente teológica, ó bien un platonismo artificial y convencional, que, de sutileza en sutileza, tenía que degenerar por fuerza en conceptuoso y monótono. Aprovecháronse algunos de nuestros poetas de los dogmas y doctrina cristiana para escribir piadosos y áun sublimes versos; supieron imitar otros el amanerado platonismo italiano, produciendo tambien, en este género composiciones excelentes; pero, en resolucion, no estaban agitadas las almas de entónces de bastante recias tempestades, para que la poesía lírica espiritualista ofreciese interes por sí sola. La Edad Media se hallaba harto reciente, de otra parte, con la desconsoladora realidad de sus instituciones, de sus costumbres, de sus ideas, para que se estimáran en el justo precio todavía los tesoros de inspiracion que encerraba. Aquellos poetas, pues, que, aunque buenos cristianos, no eran precisamente ascetas de pensamiento, y cuantos no acertaban á contentar sus deseos con el espiritualismo petrarquesco de los divinos versos de Herrera, se vieron irresistiblemente impulsados á cantar los afectos externos, sensuales, paganos, que el genio griego y el latino embellecieron tanto. Para la expresion de tales pensamientos, ocasionadísima al exceso, y áun al extravío, como nadie ignora, la hipótesis de una libertad de costumbres verdaderamente primitiva, aunque se estableciera en el campo, no dejaba de ofrecer sus ventajas; por ejemplo, la de que disfrazados de pastores pudiesen escribir muy tiernos versos amatorios, como si estuviesen desligados

de los estrechos y santos lazos que vedan el amor terrenal, los muchos sacerdotes de señalada piedad y virtud sin mancilla que registran nuestros anales poéticos. Pero á la larga todo esto se concluyó y agotó, cual he dicho, porque ni ya quedaba que decir en la materia, ni tal vez á la antojadiza y vária voluntad humana le satisfizo la sola forma de decirlo que el clasicismo empleaba.

Fuera lo mejor, sin duda alguna, que miéntras el espíritu humano (para bien ó para mal, y justa ó injustamente) rompia tales trabas, se hubiesen dado á las Musas verdaderas treguas; y nada perdieran ciertamente las letras patrias con que corriesen las treguas en tal silencio, que, desde que murió Quevedo, por lo ménos, hasta que nacieron D. Nicolas Moratin y Meléndez, ningun hombre tuviese en España vocacion de poeta lírico. Pero eso no podia suceder, y no sucedió en efecto. Hablaban ó cantaban á sordos; mas no por eso dejaron de hablar ó cantar sobremanera los tristes versificadores, que cifraron su gusto por más de un siglo en ejecutar variaciones sobre los manoseados temas clásicos. Ni el público estaba para oir, ni hubo quizá uno solo de ellos digno de ser oido, áun en tiempos mejores; dicho sea sin mengua de los notables talentos de D. Diego de Torres, de D. Eugenio Gerardo Lobo y otros de sus contemporáneos, entre los cuales hay que contar tan eminentes varones, como el dean de Alicante, Martí, ó el P. Isla. Los grandes corruptores de la escuela de Góngora, ricos en vena poética, pero faltos de ideal, abandonaron el fondo por la forma; y á fuerza de atormentar ésta, convirtiéndola en fuente única de invencion y originalidad, crearon el *culteranismo*. Sus desdichados sucesores del tiempo de Felipe V, no teniendo

ya nada poético que hacer en el fondo ni en la forma, se dieron á tratar asuntos de todo punto indignos de las Musas, profanando con ellos los retumbantes, mas siempre armónicos, instrumentos que en sus rimas ó romances legáran Góngora y Quevedo á la lengua española.

No impidió, con todo eso, la ausencia de verdadera poesía lírica, tan lamentada siempre por los pueblos latinos, y casi insoportable en España, que la teoría general de las buenas letras, la retórica, la poética y la lexicografía, se cultivasen cual nunca desde los albores de la dinastía Borbónica. Cierto es que no pocos de los libros en prosa, dados á luz en los dos primeros tercios de aquel siglo, ostentaban todavía en su disposicion y lenguaje las ridiculeces tan áticamente satirizadas por el Sr. Silvela, ni más ni ménos que las pobrísimas obras de los versificadores de entónces. La lucha con el mal gusto tenía que ser penosa y larga, pues que, por decirlo así, estaba éste connaturalizado con la nacion española, y hasta venía más de antiguo que de ordinario se piensa. Ya Antonio Perez fué un escritor bastantemente oscuro y afectado para merecer no pocas de las censuras que se prodigan á los prosistas de época más reciente; y en nuestros poetas del mejor tiempo, como, por ejemplo, Herrera ó Valbuena, no sería difícil señalar rasgos propios del cultísimo Villamediana, ó de D. José Antonio Porcel, último de los declarados imitadores de Góngora. Ni faltan doctos extranjeros que se inclinen á considerar el *culteranismo* á modo de planta espontánea y parásita, y por tanto de extirpacion imposible donde quiera que florece el ingenio español[4]. Pero á despecho de esta idea paradógica, y á despecho tambien de los diálogos infelicísimos en verso, de las

extravagantes tablas retóricas, y de los hinchados modelos descriptivos que encierra el *Epítome de la elocuencia española*, de D. Francisco José Artiga (ántes Artieda), menudamente analizado por el Sr. Silvela, es indudable, Señores, que ya no halló paz ni tregua el culteranismo desde que la guerra de sucesion tuvo término.

Nada iguala á la naturalidad y llaneza de Feijóo, que, si todavía aparece en verso conceptuoso, no sin razon pasa en prosa por sobrado vulgar; y en realidad más se advierte esta falta que las de afectacion ó hinchazon en los primeros escritores que conoció la nueva dinastía. Nacida aquella llaneza del gusto frances, nó aguardó, no, á Luzan para penetrar en España; ántes bien la gallarda aunque artificiosa forma, con que solian expresar sus pensamientos los españoles del tiempo de la casa de Austria, comenzó rápidamente á modificarse de consuno con las instituciones, las costumbres, la administracion, las leyes y hasta la manera de vestir, desde el punto y hora en que cerró los ojos Cárlos II. Ni se contentó Feijóo con abandonar la manera antigua de ordenar y aliñar la prosa castellana, sustituyendo el régimen natural y sentido recto á las ingeniosas combinaciones gramaticales, y las metáforas intrincadas de casi todos los anteriores prosistas, inclusos los más excelentes, sino que combatió directa y enérgicamente los principios hasta allí aceptados en la materia. Para él, por ejemplo, la introduccion de voces nuevas ó extranjeras en el idioma propio no era vicio, como generalmente se pensaba, sino virtud muchas veces; comparando á los puristas con los pobres soberbios, que más quieren hambrear que pedir. Las locuciones ó voces de uso entre la gente plebeya,

queria él tambien que se entrometiesen oportunamente en el estilo, sin miedo á la nota de *vulgarismo*. Era, por otro lado, adversario de los preceptos minuciosos de la escuela de Boileau, en lo cual demostraba su genial independencia de juicio; y defendió ántes que nadie *la libertad en las artes*, declarando que, á la proporcion en que por entónces se hacia consistir la belleza, nadie arribaba por medio de la relacion del todo con las partes, sino buscando una regla superior en la mente, dado que «sólo sabía hallarlas con su valentía, la sublime idea del artífice» [5]. Dotado de poderosa intuicion en la ciencia de lo bello, bien que no la tratase sino de paso, grande enemigo de las reglas rutinarias, resuelto partidario de la naturalidad en el estilo, y atrevido innovador en el lenguaje, fué, pues, Feijóo un preceptista de muy distinta índole que el P. Artiga, y de mucho más influjo que alcanzó ya el último; así como de mayores miras que mostrase Luzan en su *Poética*, por más que las de éste tampoco fueran tales, cual se supone ordinariamente. Y en resolucion, Señores: despues que escribieron Feijóo y Luzan; despues que se publicó el *Diario de los literatos de España*, que contaba entre sus redactores al insigne humanista y crítico D. Juan de Iriarte; despues que dió á luz el P. Isla su famoso *Fray Gerundio, de Campazas*; despues que publicó su sábia *Retórica* Mayans y Siscar, ni el ya antiguo Gracian, ni el moderno Artiga, gobernaron el gusto de las clases ilustradas de la nacion; quedando definivamente vencido el culteranismo, en la teoría, en los preceptos, en los puros dominios de la ciencia y el arte. Que todavía se observase en la práctica mucho mal gusto y mayor ignorancia; que hubiese aún prosistas oscuros, ri-

dículos predicadores y detestables poetas líricos, cosas son que no cabe negar, ni es preciso, porque ¿cuándo ó dónde se han visto, ó tan esparcida la cultura, ó tan sobrado el juicio, que no acontezca otro tanto? Para mí (no temo decirlo) el mal gusto es tan constante como la humana imperfeccion que lo origina.

No opinarian así, por cierto, nuestros caudillos clásicos del pasado siglo, puesto que pretendieron acabar hasta con el mal gusto en las comedias, siendo, sin disputa, el teatro donde tengo por más imposible que desaparezca, en ningun tiempo ni nacion alguna. ¿De qué aberraciones, de qué ridiculeces, de qué escándalos no se ha hecho reo, por ejemplo, el teatro frances contemporáneo; y eso en medio de la universal prosperidad y del florecimiento de todas las ciencias, letras y artes? Mas, sin ir tan léjos, Señores; ¿no sería torpe injuria á vuestro saber, y tambien injusticia grande para la nacion entera, medir hoy el gusto literario de España por la mala calidad del mayor número de las piezas que vemos representarse diariamente? ¿Tan seguro es que falten *Comellas* en el teatro español contemporáneo? Defiéndese más fácilmente el buen gusto en los libros de prosa y verso; porque al ménos son personas que saben leer, y tienen aficion á leer siquiera, quienes los compran; pero en el teatro basta para salvar y áun sostener una obra, con que acierte á contentar su autor los instintos de mucho número de personas, aunque casi todas sean groserísimas. Moratin debia de recelar algo de esto, supuesto que al cabo y al fin aspiraba á que fuese la autoridad civil, no el público, quien eligiese el caudal de comedias que se habia de representar. El perenne apetito de novedades del pueblo; sus preferencias hácia lo desco-

nocido, bueno ó malo, sin contar con que lo malo suele deleitarle más que lo bueno; su voracidad, por decirlo así, estorbarán eternamente que basten pocos poetas á proveerle de comedias, á no ser que hubiese muchos Lopes, y que todos ellos se resignáran, con sus obras, á aquello de

Y más de ciento en horas veinte y cuatro
Pasaron de las Musas al teatro.

Como no puede contarse con eso, ni produce por docenas la naturaleza los buenos autores dramáticos, es inevitable que les caiga siempre mucho que hacer á los malos. Por otra parte, no cabe negar que aunque ciertos grandes ingenios logren dominar en ocasiones al público, lo ordinario y más natural es que sea el público quien lleve como por la mano á los autores. Porque hay dos artes, Señores, en que no es posible prescindir de él, apelando del injusto fallo contemporáneo al tribunal de la posteridad; y son la oratoria y la poesía dramática. En buen hora que el escultor, el pintor ó el poeta lírico miren con desden los infundados juicios de la multitud, fiando la inmortalidad de sus libros, cuadros y estatuas á otros jueces mejor inspirados; que si el orador ó poeta dramático se contentára con imprimir sus obras, nada le empeceria para hacer otro tanto. Mas cuando un autor ú orador convoca y reune al público, si sólo es su intento divertirlo ó conmoverlo, obligacion precisa tiene de realizarlo; y si llega su ambicion hasta pretender persuadirlo de algo nuevo, justo ó grande, todo su trabajo, sin el éxito, sería vano. Dado el caso de que entre el orador ó autor dramático, y la multitud ansiosa de impresiones, que le escucha, no se establezca aquel género de corriente mag-

nética que despierta las emociones vivas y produce los grandes efectos, ¿quién dirá de una oracion que fué elocuente, ó buena del todo una obra dramática? No sin razon, no, se toma al éxito en tales artes por verdadera piedra de toque del mérito. Y si de aquí no se deduce fatalmente que haya obligacion de hablar en necio al público, como afirmó con sorna un dia el más fecundo de los escritores dramáticos, claro, clarísimo, por lo ménos, es que estos últimos están obligados á contemporizar con el gusto del vulgo, á fin de que no se frustren sus intenciones, y sean sus ideas desechadas de plano. Pues si esto hay que tomar en cuenta á los buenos oradores y á los buenos escritores dramáticos, ¿qué no habremos de perdonar fácilmente á la turba multa, que en todos tiempos ha reputado por mero oficio y manera ordinaria de vivir el arte dificilísimo de componer comedias? Ni ¿cómo han de extinguirse estos últimos, miéntras haya quien les emplee ó quien les pague? Todo, en puridad, nace de que siempre ha dado en esto leyes el *sufragio universal*, no ménos en el antiguo que en el nuevo régimen. La popularidad es áun más necesaria por eso á los autores dramáticos que á los hombres de Estado, si bien debemos confesar que la gozan más duradera y pacíficamente que no estos últimos, así como en mucha mayor cantidad que ningun otro género de ingenios. Ni Cristóbal Colon, ni Gonzalo de Córdoba, ni mucho ménos Cervántes ó el padre Mariana, lograron nunca lo que de Lope cuenta el predicador de sus exequias, Fr. Francisco de Peralta [6]; á saber, que, residiendo en Madrid por tantos años, no pisaba calle cuyas puertas, ventanas y balcones no poblase al punto el vecindario, parándose á mirarle todos los transeun-

tes, y hasta «los que ruaban en coche.» Pero la popularidad tiene sus contras, como pocos ignoran; y no es la menor la obligacion que impone de contentar al mayor número, jamas compuesto de los mejores. Los críticos que han pretendido convertir en un placer delicado ó sublime la asistencia al teatro, como Luzán, Montiano, Nasarre ó Moratin, querian, por lo mismo, una quimera. Debieran contentarse con desear que entre muchas comedias malas y afeadas por el mal gusto, dejase ver la escena, de vez en cuando, alguna que otra buena comedia; que es con lo que á la postre tenemos todos que contentarnos.

Importuna, y quizá incongruente, me pareceria á mí propio esta digresion tan larga, si no me la hubiese sugerido la conviccion que abrigo, de que el injusto desprecio en que suele ser tenido el estado intelectual de España, durante los dos primeros tercios del siglo XVIII, se debe, por mucha parte, á la indignacion excesiva de D. Leandro F. de Moratin contra las malas comedias y los defectos indudables de las buenas, que alimentaron nuestra escena hasta su tiempo. Preciso es colocarse, aunque sea á costa de otra nueva digresion, en el punto de vista estrecho desde donde Moratin contemplaba las letras, para dar el justo valor, y no más, á aquel aserto suyo de que los preceptistas, personificados en Luzan, apénas lograron remediar nada el antiguo mal gusto. Moratin veia, si es lícito decirlo, por los ojos de la comedia, y miéntras no andaba ella bien, todo igualmente le parecia perdido. Harto demuestran, así el viaje á Inglaterra y á Italia, como las cartas de Francia, que comprende la *Coleccion de sus obras póstumas* [7], que el teatro en general, y en especial los autores de comedias,

eran los únicos objetos capaces de inspirarle amor ó entusiasmo. De ver es la delicia con que refiere cuándo y cómo supo que le sería posible visitar en París al viejo Goldoni, y el calor con que pinta las menores circunstancias de su entrevista con aquel poeta cómico italiano. Pues al llegar luégo á Roma, la gran ciudad debia de estar llena de la fama reciente de Monti; aquel versificador incomparable con otro ninguno, en las lenguas romances ó románicas; aquel sublime lírico de la *Bassvigliana*, y trágico insigne en el *Aristodemo;* no obstante lo cual, ni siquiera tuvo, segun parece, el menor deseo de tratarle. Monti es, con todo, harto mayor gloria de Italia que Goldoni. Singular exclusivismo éste de Moratin, cuyos versos líricos parecen cortados por el patron admirable de Monti, sin que estimara gran cosa ni los de Monti ni sus propios versos; que amando con tanta pasion al teatro, apénas hizo caso del mismo Monti como trágico, y no buscó su amistad ni áun la del famoso Alfieri, alta gloria tambien de Italia cuando él la recorrió de viajero [8]. Verdad es que tampoco apreció mucho los esfuerzos laudables, si no siempre felices, que se hicieron por aclimatar en España la tragedia francesa; grande y hermoso género, dígase lo que quiera, que no sería privativo de aquella nacion, sino universal, á no ejercer tanto imperio, como ántes dije, el gusto del público en los teatros. Paréceme á mí, en suma, que á Moratin, en todo su viaje, no debieron de causarle horror sino dos cosas: los sangrientos excesos de 1792 y 1793 en Francia, que le obligaron á marchar precipitadamente á Inglaterra, y las malísimas piezas dramáticas que solian representarse por todas partes, y en especial en Nápoles y Florencia. Si

en algo más recayó su ódio, fué, sin duda, en la ópera italiana; género que ofendia altamente su espíritu positivo, naturalista, incapaz de prendarse de lo inverosímil, aunque anduviese en tan buena compañía como la música. Con ser Moratin hombre pacífico y de instintos nada tiránicos, no tan sólo pretendió más tarde que decretase el Gobierno las comedias que debian representarse y las que no, cual ya he indicado, sino que aplaudió altamente la prohibicion de los *autos sacramentales;* echando todavía de ménos que la prohibicion no se extendiese á obras tales como *El Convidado de piedra.* Era, pues, D. Leandro F. de Moratin, para lo demas indulgente, conciliador y hasta frio, un verdadero fanático por las buenas comedias; es decir, por aquellas, y no más, que consideraba él tales. ¿Y qué tiene de extraño que un hombre así, mirase con injusto desden aquella parte del siglo en que por entero faltó el arte de componer comedias, ni siquiera al estilo antiguo, como acontecia desde Cañizares hasta su tiempo? Resulta siempre, sin embargo, y es lo que he querido poner en claro, que Moratin exageró por lo dicho, y exageraron tras él otros muchos, que quizá no osaron desmentirle, así el mal gusto como la esterilidad de nuestras letras, sobre todo de Luzan en adelante. La verdad es que, cuando Moratin y Meléndez comenzaron á escribir, no era ya ilustracion general, ni buen gusto, ni doctrinas, ni reglas lo que faltaba, sino grandes autores, que dignamente representasen la nueva escuela, predicando con el ejemplo, y sometiendo sus producciones al juicio, ya bien preparado, del público, con la reconocida autoridad de su nombre.

Y esto último, Señores Académicos, esto, y no otra cosa,

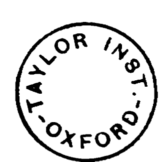
es lo que hasta Meléndez y D. Leandro F. de Moratin no se logró. Por eso merecen con justicia los títulos de restauradores, el uno de la poesía lírica, y el otro de la dramática, si bien no hay que olvidar que tenian los dos muy estimables predecesores, como el autor de la *Fiesta de toros en Madrid*, D. Nicolas Fernandez de Moratin, y el del *Señorito mimado*, D. Tomas de Iriarte.

Mas, entrando á exponer ya concretamente mi juicio acerca de nuestros últimos clásicos, ¿es tan verdad, Señores, como vulgarmente se piensa, que lo que ellos apellidaban regeneracion ó restauracion del buen gusto consistiese tan sólo en arreglar á los principios franceses del tiempo de Luis XIV, así la poesía lírica como la dramática? ¿Es cierto, por ventura, que los sistemas poéticos de Moratin y Meléndez en todo fuesen opuestos al genio de la lengua y de la cultura españolas? ¿Atribuyó formalmente á Luzan y Montiano, y con ellos á toda su escuela, la muerte del genio nacional, y en especial la ruina del género dramático, de que fuimos inventores, el nunca bastante llorado D. Agustin Durán, en su *Discurso sobre el influjo que ha tenido la crítica moderna en la decadencia del teatro antiguo español?* [9]; sentencia injusta, que ha influido sobremanera en la eleccion de tema del Sr. Silvela. Para aquel sabio académico «no fué otro el resultado obtenido por los esfuerzos de los críticos del siglo pasado y el presente», y del que llama *partido antinacional*, «que sustituir al antiguo, un edificio pobre, mezquino y caduco, fundado sobre arena movediza y extraño á los hábitos, costumbres, creencias y modo social de existir de sus compatriotas.» Es el edificio tan tristemente descrito en estas frases, el teatro de Mora-

tin, sin duda alguna; y si contra el lírico Meléndez no han llegado á formularse tamaños cargos, áun ha experimentado mayor rigor: el del olvido. Ni al uno ni al otro poeta, en quienes principalmente brilla aquella escuela, se les trata así con razon. Llámaseles *afrancesados* en literatura, como si con serlo en política no hubieran ya padecido bastante, y con muchísima ménos causa. No es, por cierto, mi ánimo aprobar las estrechas doctrinas críticas que ambos profesaron. Contra ellas he disertado aquí mismo largamente, en ocasion distinta, y fuera inútil repetir lo que dije. Cúmpleme recordar sólo que si entónces califiqué tambien de intolerante y estrecha á la crítica romántica, hoy me hallo al paso con una demostracion concluyente y fácil de aquel aserto. Á Moratin, por ejemplo, se le acusa de poco español por no haber tenido en cuenta los hábitos, las costumbres, las creencias y el modo social de existir de sus compatriotas; y estos compatriotas deben de ser los del tiempo de Felipe IV, puesto que lo que se echa concretamente de ménos es el espíritu de nuestro teatro antiguo. Y ¿no es claro como la luz, Señores, para quien haya examinado atentamente la monarquía Austriaca y la Borbónica, que se rompió el hilo de la tradicion y de la historia, al saltar de una á otra, en todos los principales elementos de la sociedad española? Pues ni Meléndez ni Moratin pudieron ya tener en semejante desgracia, si lo fué, la menor parte, ni tampoco la tuvieron muy grande Luzan ó Montiano. Paradoja ha de parecer á muchos, y miéntras pienso más, ofrece mayor evidencia á mis ojos, que lo más español que aquí hubo en el siglo décimoctavo fué la poesía, lo mismo la lírica que

la dramática. Lícito debe serme, para probarlo, explanar un concepto anterior.

No cabe duda en que el contínuo roce y amalgama en que por tanto tiempo estuvieron dentro de la Península los ejércitos franceses y españoles, á causa de la guerra de sucesion, dió lugar á que, no ya la organizacion únicamente, sino el vocabulario entero de la milicia española, tan rica en buenos libros, se olvidára, afrancesándose todo lo concerniente al ejército y áun á la marina, bases fundamentales del Estado. Afrancesáronse tambien más y más que estaban la etiqueta y empleos de la córte, que, á la verdad, tenian ya muy poco de castizos desde que se introdujo el ceremonial de Borgoña. Afrancesóse, sobre todo, la administracion pública, tanto la civil como la económica, segun pregona todavía la *Novísima Recopilacion* en tantas y tantas de sus confusas páginas. Y en medio de esta inundacion general, que, como era de esperar, alcanzó tambien á las ideas y costumbres de los particulares y del pueblo, ¿quién fué, Señores, quien acudió con más presta y fuerte mano á resguardar lo mejor y más íntimo de la cultura nacional? Toca tal merecimiento á esta Real Academia, y con ella, al fundador mismo de la nueva dinastía, que la dió vida y medios con que realizase tan altos fines. Ahí está aún vivo y glorioso, desesperando nuestra emulacion y desafiando nuestro propio valor, el gran monumento levantado por los primeros académicos de la *Española* á la madre patria con el *Diccionario* de 1726 á 1739, comunmente llamado *el de Autoridades*. No podia, no, perecer ya el habla hermosa de nuestros antepasados, por primera vez dibujada de cuerpo entero en



aquel léxico inmortal; y como el más importante elemento nacional de toda literatura sea la lengua, tampoco hubo ya riesgo, desde que ella estuvo á salvo, de que pereciese realmente la literatura patria. Si por algo se censuró á los autores del *Diccionario de Autoridades*, con viso de fundamento, fué por no haber desdeñado considerar tales á autores de poca nota, sin ver que lo que nuestros antepasados pretendian no era dar patentes de celebridad ó de ingenio, sino juntar en ancho cauce comun cuantos hilos y manantiales de agua formaban el majestuoso rio de nuestra lengua [10]. Pero, dicho ademas sea en honor de los críticos y escritores sueltos del siglo décimoctavo, ¿cuál de ellos desdeñó ú abandonó el cultivo del idioma patrio, y la lectura de los libros del *siglo de oro* de nuestras letras? Aunque Feijóo, obligado á escribir sobre tantas cosas, á la sazon desconocidas en España, defendiera osadamente la introduccion de *neologismos*, ¿no están ahí los *Orígenes de la lengua castellana*, del severo Mayans y Siscar, publicando con cuánto amor recogian otros de las fuentes mismas el caudal de la lengua española? Pues la locucion y la construccion de los versos líricos ó épicos de D. Nicolas Fernandez de Moratin, ¿no peca tambien, si de algo peca, de arcáica? Ni ¿quién se atreverá á calificar de afrancesado á aquel gremio poético de Salamanca, en el cual se contaba un maestro Gonzalez, que servilmente imitaba á Fr. Luis de Leon, hasta el punto de merecer por ello de D. Leandro Fernandez de Moratin las más ásperas censuras que quizá trazó su pluma, y donde Iglesias mereció el descrédito de plagiario por sus incesantes imitaciones y hasta clarísimos hurtos de nuestros poetas del buen tiempo? Isla ó Iriarte no eran tampoco galicistas cier-

tamente. Y á Moratin mismo, ¿podria el mayor de sus enemigos negarle uno de los más encumbrados puestos de nuestra literatura, por lo que hace á la pureza de la diccion y al arte de manejar en todos los estilos nuestro idioma? No tan purista como él, Meléndez formó asimismo su estilo y lenguaje con la lectura asidua de Garcilaso, la Torre y Villegas. No, no hay modo de desconocer, sin injusticia, que la restauracion del gusto en España se intentó y llevó á cabo siguiendo lo más de cerca posible las huellas de los autores del tiempo de Mariana, Cervántes y Alarcon, que es el que merece el dictado de *siglo de oro*.

Lo que hay de verdad es, que si la lengua y el estilo castellano podian restaurarse con sólo estudiar libros viejos, á nadie era dado resucitar los sentimientos muertos ó las extinguidas costumbres, ni sustraerse al más ó ménos oculto y lento, pero siempre irresistible, influjo del espíritu general del siglo en que se vive. ¿Por qué ya en la córte de Cárlos III ninguna persona culta creia, pensaba, amaba ni vivia al modo que en la de Felipe IV? Por obra de los años y de los sucesos, que ni unos ni otros pasan en balde; obra siempre más fácil de lamentar que de impedir. Entre el gobierno que mandaba escribir *autos sacramentales* y el que los prohibió por escandalosos, habia tan grande abismo como el que media entre el auto de fe de 1680 y la *Oda al fanatismo*, de Meléndez; ó entre las plumas, ropillas, ferreruelos y broqueles de los caballeros de Lope y Calderon, y los prosáicos casacones y sombreros apuntados de los personajes que Moratin sacó á plaza. No es de olvidar, sobre todo, que la aparicion de Moratin y de Meléndez coincidió con el extraordinario y profundísimo cambio político, social, moral y científico que

el mundo entero experimentára en el último tercio del siglo antecedente. No era ya en parte alguna, ni siquiera en España, la teología, que tan altos conceptos inspiró á los poetas sacerdotes, como Calderon y Tirso, la ciencia tenida por madre y de moda; ántes bien eran ya las matemáticas ó la física, poderosa y felizmente protegidas y cultivadas desde Fernando VI en adelante; ni ya imperaba tampoco el escolasticismo cristiano en las cátedras ó en los libros de filosofía, sino el sensualismo, ora escéptico, ora tradicionalista, que por igual desdeñaba al platonismo en todas las esferas; ni aquella ciega lealtad monárquica á los príncipes católicos y legítimos que tan severamente recomendaba Domingo de Soto en su conocido tratado *De Justitia et Jure*, puesta en escena por los personajes de la *Estrella de Sevilla* y *García del Castañar*, cabia ya en la mente ni el corazon de nadie; andando sobrado vecinos, para esto último, los terribles atentados de la revolucion francesa, y los atrevidos debates de las Córtes de Cádiz. El mundo, en suma, era otro, y otra España, que cuando vivian Fr. Luis de Leon ó Rojas. Y fuerza es estar muy preocupado para pretender que la nueva literatura española se encerrase en aquellos ya borrados, aunque legítimos y gloriosos, linderos.

Bastante, Señores, se ha lamentado por muchos que no pudiera salvarlos del todo la poesía lírica. No era tiempo, cuando floreció Meléndez, de abandonar aún el sistema lírico del Renacimiento, dando rienda suelta á la imaginacion, por el ancho campo abierto más tarde á las íntimas, contradictorias, fecundas ó peligrosas nociones de la razon, y los oscuros fenómenos de la conciencia humana. Aventurándose en tales pasos, hasta allí no tentados, se ha formado en nues-

tros dias un nuevo y brillantísimo sistema de poesía lírica; pero al aparecer Meléndez en Salamanca, era para eso muy temprano. De aquí el que bastára á la ambicion del novel vate hacer mejores versos anacreónticos y bucólicos, ó por lo ménos iguales que nuestros grandes poetas clásicos. Para dejar atras á todos los que inmediatamente le precedieron, tenía de sobra con las cualidades que no le disputa nadie: con su talento de describir, con la originalidad y gracia de su estilo, y el profundo conocimiento de la lengua que por instrumento empleaba. Dió así nueva, aunque brevísima, vida á aquel sistema lírico, ya en el fondo estéril; mas ¿cómo habia de acertar á componer versos que contentasen el gusto poético de las generaciones sucesivas? Por eso mismo, Señores, no hay tan difícil cosa como convencer á los aficionados de estos tiempos de que las anacreónticas, letrillas y romances de Meléndez merecieran nunca el aplauso, que, sin duda alguna, obtuvieron de hombres y mujeres, muchachos y ancianos, cuando vieron la luz por primera vez. No se persuaden de que en aquella sociedad, humilde y devota sierva de la autoridad en todas las esferas; comprimida, simétrica y convencional, la hipótesis de la libertad, hasta en los oteros y las chozas pastoriles, tenía que excitar interes y producir tambien sus emociones. Resístense más que nada á comprender que penetrasen muy hondamente en los corazones juveniles de entónces, tan sencillos y uniformes, ó tan externos y poco ideales, afectos como los que expresaba Meléndez, en compañía de los buenos clérigos Iglesias y Gonzalez. Porque es de advertir que las almas de aquellas pastoras y aquellos pastores, tan cándidas, tan desnudas de contrastes, tan ajenas á toda rebelion,

tan libres de los vagos ó inaccesibles deseos que suelen acalorar las de ahora durante los años juveniles, eran en cambio por extremo indulgentes con los afectos externos y sus naturales expansiones, hasta el punto de herir el esmerado pudor de los lectores y lectoras de nuestra época. Y todo esto junto hace que el mérito de Meléndez sea no ménos ininteligible para muchas almas poéticas modernas, que lo habrian sido para la juventud sensible de Salamanca, en otro tiempo, los primores exquisitos de ciertos poetas, hoy en moda, por ejemplo, Alfredo de Musset ó Enrique Heine, para no citar los de casa. El gusto vulgar, nacido como planta espontánea y viciosa, y expuesto siempre al influjo de la atmósfera intelectual y moral de cada época, que es como quien dice á la intemperie, ofrece tales alternativas constantemente. Sirva de alivio, con todo, á los apasionados de Meléndez, si áun existen, que ni Gesner, ni Saint Lambert, extranjeros faros de su pasada edad, son hoy más leidos que él lo sea, porque el espíritu que los animaba era uno mismo, y tampoco están en predicamento con los lectores de ahora. Si Thomson brilla algo más que los otros aún, no tan sólo se debe á lo extraordinario de su talento descriptivo, sino tambien á que escribió para una sociedad rigurosamente protestante y amiga de la vida de campo, que todavía es rigurosa en su protestantismo y es amantísima del campo todavía. Lo que es en España, se le tradujo en verso, como á Gesner y á Young, y nadie piensa siquiera en ninguna de las tres traducciones.

Ya los grandes talentos críticos de Forner y Jovellanos sospecharon sagazmente el triste porvenir de aquel sistema lírico, y por eso quizá quisieron desterrar de él los amores y las ambiciones pastoriles, y reemplazr tales asuntos con los

filosóficos, empujando á Meléndez por tal camino. Mas era la que á la sazon preponderaba, una filosofía sensualista, y solamente apasionada, por tanto, de los espectáculos externos, de que dan, al parecer, los sentidos razon plena; la cual no sabia admirar en el universo, sino la grandeza, la proporcion, la armonía de sus partes, ó la sublimidad y belleza de sus fenómenos; ni hallaba otra cosa interesante en el hombre, que la imperfeccion física y aparente flaqueza de su sér, comparado con el de las más altas montañas, con el Océano, con el sol y hasta con la misma sociedad civil, comunmente reputada injusta y arbitraria. En resúmen: aquel mezquino tipo de hombre, que trazó la filosofía de Condillac de una parte, y de otra la naturaleza, que forzosamente aparecia más rara y maravillosa á medida que se creia ménos en su divino Autor, constituian entónces los únicos manantiales de la poesía filosófica; y no fueron otros los de Meléndez, que apénas conocia más libros que los que ya informaba el escepticismo europeo. Pero, lo mismo en aquel gran poeta, que en muchos de los pensadores españoles del pasado siglo, lo de escéptico y enciclopedista no dañaba tanto á lo católico como pudiera sospecharse; y de este modo carecian á un tiempo del entusiasmo que produce la fe, y del que experimenta tambien la razon cuando está poseida de sí misma y soberbiamente rebelada. No era así fácil que prestase Meléndez á sus composiciones filosóficas, ni calor ni colorido poético; que si pudo gozar Inglaterra algunos sublimes arranques de poesía filosófica en las *Noches de Young*, tal vez se deba á que el libre exámen protestante y las revoluciones políticas tenian ya mucho más familiarizado allí al espíritu con semejantes asuntos. Aquí en Espa-

ña, donde habia vuelto á no ser del todo inofensiva la Inquisicion en los postreros años del siglo anterior, y donde no querían ser los pensadores, ni teólogos, ni críticos, necesariamente habia de parar, como paró, la poesía filosófica en declamaciones pomposas y sentimientos tibios, que es cuanto encierran las más de las composiciones sérias de Meléndez, poco apasionado de suyo, lo mismo que las de igual índole de Cienfuegos, por naturaleza tierno y vehemente. Para abrir de par en par á la poesía lírica las regiones por donde luégo la hemos visto correr triunfante, preciso era que estuviese ya mucho más adelantado el racionalismo, y más libre de todo género de trabas la fantasía. Era, en fin, indispensable que sobreviniera la tremenda crísis de 1789. En medio de ella acertó á escribir Andres Chenier las profundas estrofas de su *Oda á Carlota Corday*, y otras tiernísimas á una *Jeune Captive*, que suenan cual ningunas hasta entónces en Francia; y dentro de España misma, la altiva mente del gran Quintana osó ya remontarse en las tinieblas del secreto hasta á cantar la apoteósis del rebelde Juan de Padilla ó el soberano poder de la imprenta. Tanto Andres Chenier como Quintana ardian en ideas y sentimientos cuya inspiracion fuera locura buscar en cualquiera de los poetas anteriores, incluso Meléndez, á pesar de su constante lectura del *Tratado de la educacion* de Locke, del *Emilio* de Rousseau, del *Espíritu de las leyes* de Montesquieu, y sin duda de la *Enciclopedia* y el *Contrato social*. La huella de tales estudios bien aparece, á la verdad, cuando se fija la atencion en las poesías filosóficas de Meléndez, por lo general impregnadas de sentimentalismo humanitario, y todavía más en Cienfuegos; pero siem-

pre escondida en flores. No era, con todo, aquella poesía filosófica, ni siquiera la que el espíritu revolucionario inspirara á Chenier y Quintana, la destinada á constituir nuevo sistema en un tiempo futuro, que para nosotros ha sido presente, y será ya pretérito para nuestros sucesores. Más allá de la libertad filosófica y poética de que usaron los referidos poetas, habia otra libertad, de ellos todavía no conocida: la libertad personal, interior, y mayor, por lo mismo, que otra alguna de la conciencia humana, á la cual no le bastaban ya las rudas batallas que se reñian en la esfera de la religion ó la del Estado, sino que pretendia poner en tela de juicio todo cuanto hasta allí habia el hombre temido ó amado, reverenciado ó sufrido en paz. Para este otro período de historia literaria guardaba en el secreto la Providencia inexcrutable los genios soberbios de Biron y de Espronceda. ¡Y estos poetas líricos sí que supieron herir con mano cierta, treinta años hace, los corazones juveniles de los despreciadores de Meléndez y de su sistema poético! ¡Estos sí que encuentran aún fáciles ecos en las pocas ó muchas almas que no están sordas á toda ilusion y á toda poesía! El mundo moderno halló al fin, en las obras de tales poetas, el sistema lírico que le convenia; cual habia poseido el suyo la *Edad Media*, aunque con rudos poemas; como lo tuvo, sea como quiera, el *Renacimiento*, en la imitacion pagana. Meléndez, en el entretanto, sólo fué poeta de transicion; y en tal concepto, no podia alcanzar sino una gloria limitada y pasajera, que algo habrian acrecentado seguramente, mas no todo lo que se piensa, las pocas cualidades que le faltaban.

Mucho más original que la restauracion lírica en el fondo, bien que lo aparentase ménos en la forma, fué la que

Moratin llevó á cabo en la poesía dramática; y con razon ha dado á entender el Sr. Silvela que, de las dos empresas, prefiere con mucho el éxito de la dramática. Otro tanto hará siempre la buena crítica. ¡Ley singular, Señores, de la poesía dramática en España, ésa de ser siempre superior, en sus manifestaciones, á todos los demas géneros de poesía! A contar con más espacio, quizá acertara á demostrar, no ya sólo que nuestros dramáticos, en general, aventajan en mérito á líricos y épicos, sino que nuestras antiguas comedias, particularmente, encierran los mayores rasgos épicos y los más exquisitos primores líricos que diera Apolo en dote á las musas españolas. La fe, el amor, el pundonor, aquellos tres asuntos perpetuos de nuestro teatro antiguo, sólo allí fueron poderosamente tratados, es decir, dramática y épica y líricamente á un tiempo; y hasta en el siglo último, el teatro de Moratin y el de D. Ramon de la Cruz, cada uno por su estilo, contienen casi todo lo que de propio y nacional hay en nuestras letras.

Tanto he hablado ya de Moratin accidentalmente, de sus principios, de su carácter y de su influjo, que al tratar ahora de él en especial, mucho de lo que queria decir lo encuentro dicho. Lo que más en él se ha censurado, quizá sea el rigor de las reglas, en que basó su sistema dramático; y sin embargo, es lo cierto que, pasado el período crítico del romanticismo, han vuelto á regir las más de ellas en la disposicion de las comedias de costumbres, favorita y áun casi exclusiva aficion de su vida. Bien puede afirmarse sin rebozo que las obras cómicas que más estimacion merecen de los contemporáneos, distan poco, en su forma, de la regular y templada que Moratin introdujo. El drama caballeresco,

moderno, póstumo hijo de nuestro teatro antiguo, que nació al calor del *romanticismo*, siempre ha usado mayor libertad, porque la necesitaba, mas ni él siquiera hace ya alardes de sistemática licencia. No ha sido, pues, del todo estéril ni pasajera la reforma por Moratin realizada en el teatro nacional. Ni debe pasar por preceptista rutinario quien confesó altamente, en su traduccion del *Hamlet*, que «el ingenio era lo más en las obras de ingenio» [11]. Ocioso sería ahora detenerme mucho á demostrar ante semejante auditorio, que Moratin poseia singularísimas dotes para escribir comedias. La perfeccion de estilo de sus diálogos, sencillos, cultos, graciosos y limpios del falso lirismo con que han tratado de velar luégo algunos la pobreza de sus asuntos, y la de los caractéres que inventáran, no ha menester, por de contado, elogio alguno. Su seguro instinto dramático le dió á conocer cuán á propósito sea la buena prosa para la comedia de costumbres, y escribió por eso en prosa la mejor de las suyas. Por desquite de lo mucho que hay que concederle, dicen algunos que Moratin imitó á Molière; y en absoluto, ni esto importa, ni puede negarse. Trozos hay, por ejemplo, y hasta una situacion íntegra en *La Mogigata*, que son copia literal de *Tartuffe*, y en todas las obras de nuestro poeta se echa de ver el profundo estudio que tenía hecho del gran maestro frances. Pero es la verdad pura que Moratin mejoró siempre, ó casi siempre, lo que tomó de su predecesor, aprovechándose, á todo tirar, mucho ménos de las invenciones de éste, que éste mismo ú otros de sus compatriotas se aprovecháran de las de nuestros fértiles poetas del décimoséptimo siglo. Son tambien los recursos dramáticos de Moratin más escogidos y naturales que

los del propio Molière; así como los caractéres de sus personajes resultan más consecuentes, y no tan exagerados ni violentos. La jóven Clara, haciendo el papel de *Mogigata* por burlar los propósitos paternales, á los cules no era entónces costumbre que resistiesen las niñas bien criadas, está mucho más dentro de la verdad que *Tartuffe*, y en la situacion idéntica y capital de ambas comedias, harto más verosímil parece el engaño de D. Martin, deslumbrado á un tiempo por el interes de que doña Clara se haga monja, por sus falsas ideas sobre la buena educacion de las mujeres, y por la ordinaria falibilidad de los paternos juicios, que no aquella ciega credulidad y aquella terquedad infundada con que un esposo ofendido niega crédito á lo que tan fácilmente suelen darlo todos, bien que se lo dijesen, no ya sólo su hijo, sino tambien su virtuosa mujer, á quien reconocia por tal y respetaba. El *Misántropo* mismo, dicho sea con la debida consideracion, ántes presenta un ejemplar de locura que no un tipo natural y cómico, y entre su absurda severidad contra las condescendencias, y hasta contra la cortesía que el estado social exige, y su incurable indulgencia respecto á las constantes é inexcusables flaquezas de *Celimène*, hay una contradiccion patente, que priva de unidad y áun de realidad á su carácter. Algo tiene del *Misántropo*, aunque no hable con hiel sino de los desatinos dramáticos, el D. Pedro de la *Comedia nueva;* pero ¡cuánto más racional, más compasivo, más verdadero tipo de hombre, no es este D. Pedro con los objetos de su ódio (es á saber, los que dan á la escena malas comedias, y los que las celebran), que no Alceste, cruel con todo el prójimo, á excepcion de la coquetuela que le tiene sorbido el seso hasta el punto de querer

huir, en su mala compañía, de un mundo que por tales y áun menores faltas detesta! Filinte es mejor carácter y más sostenido que el del *Misántropo;* pero no supera en cordura, benevolencia y generosidad al D. Diego de *El Sí de las Niñas.* No es, ni con mucho, mi intento preferir el buen sentido, el poderoso instinto y gusto delicado de Moratin, al genio, quizá incomparable en su línea, del cómico y poeta frances: básteme demostrar que, ni Molière está exento de lunares, ni falto Moratin de grandes aciertos. La vena satírica de este último no es ciertamente tan amarga, ni tan abundante y profunda como la del primero; la trascendencia de miras de nuestro poeta, limitado á describir costumbres de su tiempo, no es tampoco tanta como la del autor de *El Avaro*, y en la invencion era éste asimismo muy superior á aquél, juzgando por el número de obras originales que dejaron [12].

Fuera del asunto de *La Comedia nueva* (que viene á ser el de toda su propia vida, es decir, la lucha de su intolerante buen gusto con la ignorancia, la corrupcion y el desarreglo dramático de la época), no contiene en realidad el teatro de Moratin más que uno solo, tratado bajo diferentes aspectos en otras cuatro comedias. Parece como si de la sociedad en que vivia no le maravillase otro fenómeno que el de lo mal que salia dar estado á las doncellas sin contar con su gusto. Cualquiera diria que el flaco de Moratin fueran las jóvenes por tomar estado; mas como al fin y al cabo murió soltero, no parece fundada esta sospecha. Sea como quiera, es indudable que las niñas son lo mejor que hay en todas las casas donde Moratin nos lleva, y áun si pecan, nunca pecan sino por culpa de los que

las guian ó las guardan. Mariquita es la única persona discreta de cuantas rodean al asendereado autor de *El Gran cerco de Viena*, y por poco no la casan con aquel mal pedante de D. Hermógenes, so pretexto de que su marido debia ser erudito y saber mucho. El padre de la *Mogigata* tuvo muy mala intencion, y no mejor acierto al destinarla á monja, no logrando sino malcasarla al fin; cuando su prima, en cambio, tan sólo porque la dejaban obrar á su albedrío, resulta nada ménos que una heroína. La doña Mónica de *El Baron* estuvo á dos dedos de casar con un malhechor vulgar, que se fingia ilustre, á su hechicera y enamorada hija. Si doña Isabel, la de *El Viejo y la Niña*, fué desgraciada, y á su marido, D. Roque, no le hizo muy feliz con ser tan buena, á nadie pudo imputarse sino al don Roque mismo, ó cuando más, al astuto y tramposo tutor, que interesadamente le otorgó tal esposa. Por último, la honrada doña Irene del *El Sí de las Niñas* puso á su hija al borde de un precipicio, del cual se libró, gracias á la singular generosidad del provecto D. Diego; mas no sin que la madre pasára por la mortificacion de ver que aquella doncella inexperta la aventajaba singularmente en el difícil arte de hallar buen novio. Para salir por primera vez las madres al teatro español, no quedaron muy medradas.

Sobra con lo expuesto para comprender que el ejercicio del principio de autoridad en la familia, consagrado por las leyes y costumbres antiguas, tenía en Moratin un inexorable censor; y que aquel prudente poeta, que no se atrevió á elegir cónyuge para sí mismo, tenía mucha fe en el acierto con que sabrian elegir siempre los suyos las muchachas solteras. Presumió, sin duda, ejecutar muy buena obra en

favor del bello sexo, haciéndole libre para tomar estado; pero la libertad, que es, realmente, mucho más inevitable que útil en el moderno régimen social, no basta por sí sola á remediar mal ninguno. Y con efecto, el derecho á seguir los consejos del corazon, dejando los de la razon aparte, por sólo una vez en la vida otorgado á la mujer que no enviuda; de ordinario ejercido á una edad en que, sobre escasear el juicio, de todo punto falta la experiencia; y con falsos ó incompletos datos, ni es tan importante en sí mismo como pretendia Moratin, ni disminuye el número de los malos casados. Aunque todavía falten datos estadísticos acerca de este punto, poco se arriesga al afirmar que tanto abundan aquellos hoy, por lo ménos, como cuando escribia Moratin, y se inventó *el recurso de irracional disenso*. El exceso de autoridad en la familia antigua, si bien tenía sus inconvenientes, no carecia de algunas ventajas. Mas el teatro y la ley obedecieron ya en esto á la corriente del racionalismo y la independencia individual, latente á la sazon, y de todo punto irresistible en nuestros dias. Moratin, hombre de su tiempo, lo estudiaba y seguia en su espíritu; y áun por eso es tan injusto el cargo que contra él se funda en el prosaismo monótono de las costumbres y de los caractéres que pinta. Autor de dramas de costumbres, ni quiso, ni debió hacer Moratin, otras que eran las de su época. ¿Y ha de culpársele por eso? Para hacerlo con justicia se necesitaria probar, entre otras cosas, que cabe satisfacer al público, presentándole costumbres ideales en las comedias. Y ¿cómo habia de suceder tal cosa en parte alguna, ni ménos en España, donde si la tragedia clásica no logró aclimatarse, fué más que nada, por contener ideas y costumbres des-

conocidas del público? Tal vez se opondrá el ejemplo de nuestro teatro antiguo; pero sin fundamento, porque para mí todos los elementos dramáticos de que Lope y Calderon se valieron, existian realmente en su tiempo. Lo único que ellos hicieron fué embellecerlos, poetizarlos; y para aclarar este punto, que tiene especial importancia, tratándose de determinar lo que hizo y pudo hacer Moratin en el teatro, dadas las circunstancias de su época, ruego á la Academia que me tolere una breve digresion más, ya que contiene tantas este discurso.

Todo el mundo sabe que las costumbres del Madrid de Calderon están descritas con colores vivos, y al parecer, verdaderos, por Van Aarsens de Sommerdyck y por madame d'Aunoy, personas que en la segunda mitad del siglo décimo-séptimo visitaron detenidamente esta villa y córte; sin contar otros autores ménos conocidos, entre los cuales tengo por el más imparcial al que publicó en París, en 1670, ciertas *Memorias* sobre las fiestas de toros, la jura de los Príncipes de Astúrias, los matrimonios de las Infantas, y los refranes, máximas y carácter de la nacion española [13]. Comparando tales relaciones unas con otras, y todas ellas despues, con las diversas colecciones de *Avisos* que poseemos, ora manuscritos, ora impresos, así como con la interesantísima serie de cartas de jesuitas (no há mucho dada á luz por la Real Academia de la Historia), puede ya formarse exacto juicio de la sociedad en que se compusieron y representaron las comedias de nuestro teatro antiguo. Y lo que resulta es, en suma, que los más de los caballeros de aquel tiempo, valientes y discretos, á la verdad, pero poco dados al estudio y á la guerra, pasaban sus dias y sus noches

enamorando damas libres, ó de vida alegre, que abundaban en Madrid extraordinariamente á la sazon, ostentando sin rebozo en público los galanteos con que las favorecian, arruinándose y hasta acuchillándose frecuentemente por ellas. Estos tales caballeros toreaban personalmente todavía; rondaban embozados por las esquinas; tenian que ver á cada paso con la justicia; cometian homicidios; prodigaban tanto las serenatas, que Mad. d'Aunoy las calculó nada ménos que en quinientas, una noche con otra. Lo cual quiere decir que en realidad poseian los hombres de calidad de aquella época las prendas varoniles y poéticas que esmaltan los caractéres de los personajes del teatro antiguo, bien que no tanto las que en tiempo de Moratin se exigian ya, y hoy exigimos á los caballeros pacíficos y honrados. Sucesos narran, efectivamente, los *Avisos* de Pellicer [14], que más que reales, parecen literalmente copiados de algunas *comedias famosas;* y no hay ponderacion en decir que durante el reinado de Felipe IV se contaban por semana tantos lances verdaderos de desafíos, muertes por celos, criados sorprendidos con amorosos mensajes, amigos que se comprometian por acompañar y hacer espalda á otros, y todo lo demas que pasa en las comedias, como por igual espacio de dias pudieran fingir ellas en las *tablas.* Lo único que aderezó, pulió y mejoró mucho, si no me engaño, la musa de Lope y Calderon, fué la condicion y calidad de las damas que asistian de verdad en tales lances. Al ver la pintura que el juicioso, y sin duda verídico, viajero holandés, Van Aarsens de Sommerdyck, hace de las damas que solian servir en público por entónces los caballeros españoles, quien gana crédito de exacto es Quevedo, ó cuando más Tirso; no los autores

dramáticos, que de pulcros y espirituales se precian. Hasta aquel feo vicio de pedir, con que tantas zumbas dió Quevedo al bello sexo, se encuentra, por desdicha, bien probado en las relaciones contemporáneas. Pero hay que observar, Señores, que las verdaderas damas españolas, léjos de figurar en semejantes historias, apénas eran vistas ni visitadas entónces por la luz del dia, cuanto más por los galanes de capa y espada; viviendo ordinariamente retiradas en casa, donde solian tener oratorio y oir misa, ó tapándose con las cortinas de sus sillas de manos, que casi nunca dejaban si, por raro acaso, salian á la calle. Esto lo dice Sommerdyck; y fácil de advertir es, ademas, en los *Avisos* y cartas de la época, que al paso que duques, condes y marqueses aparecen acuchillándose cada dia, ni punto más ni punto ménos que los caballeros particulares, ninguna mencion se encuentra allí de las señoras de calidad que los unos y los otros debian tener por madres, hijas ó esposas. ¿Cómo se explica, no obstante, que en mujeres de poco más ó ménos se emplease por lo comun aquel finísimo galanteo tan poéticamente representado en nuestras comedias antiguas? De tal singularidad, aparentemente inverosímil, nos dan cumplida cuenta todos los viandantes extranjeros, en este punto conformes. Para nuestros hidalgos bastaba con ser mujer, como dicen á cada paso las comedias; pues toda mujer, cualquiera que fuera su valer, con tal que pareciese dama, y no villana, tenía casi un derecho á su amor, y pleno derecho á su espada. La fábula de D. Quijote y Dulcinea no fué más, segun parece, que ingeniosísima exageracion y caricatura de un hecho frecuente y verdadero. Lástima era que el alto ideal de mujer que aquellos caballeros pun-

donorosos tenian en la mente, llevados de su imaginacion exaltada, pensasen encontrarlo en quien quiera; pero apénas es lícito dudarlo. Consta positivamente por los autores citados que los celos, los acuchillamientos, todas las singulares pruebas de estima y hasta de adoracion que se prodigaban entónces al bello sexo, se tributaban sin discernimiento y eran muy de ordinario desperdiciadas. Y en resúmen: lo del ventaneo y las escapadas de ciertas damas parece fielmente tomado de las costumbres; y el pundonor de los galanes y la metafísica delicadeza de sus amores tampoco se aparta de la verdad probablemente: por manera, que aunque no fuesen de tan puro metal como se suena los hermosos ídolos del teatro antiguo, como la galantería suplia en esto cuanto faltaba, no hay ninguna razon para dejar de tener por verdaderas comedias de costumbres á las que solemos apellidar de capa y espada.

Mas, tornando ahora á Moratin y su tiempo, bien fácil es comprender que no hubiese rastro siquiera de tales costumbres en la sociedad decente y culta que él puso en escena. Los grandes, títulos y principales caballeros que conoció y trató Moratin, ó vivian tranquila y honrada y acaso tiesamente en sus casas (ni más ni ménos que sus austeras y piadosas mujeres), ó daban lugar, con los nuevos devaneos y vicios, que con exactitud pintó Jovellanos, á aquella invocacion tremenda, mucho más eficaz que éste acaso imaginára:

¿Qué importa venga, denodada, venga
La humilde plebe en irrupcion, y usurpe
Lustre, nobleza, títulos y honores?

Y miéntras la plebe aguardaba, con efecto, su hora, que

ya estaba tan vecina, cuanto existia del Madrid de Calderon, descrito ántes, donde habia que buscarlo era, no en las tertulias que frecuentaba Moratin, sino allá por los barrios de Lavapiés y el Barquillo, nuevos Parnaso y Pindo de D. Ramon de la Cruz. Los *manolos* hacian entónces, á modo de parodia histórica, lo mismo que los galanes de Calderon en otro tiempo: torear, rondar, reñir, y padecer persecuciones por la justicia. Hoy ya la alegre musa del buen D. Ramon todos los barrios de Madrid los visitaria en vano, porque de lo que él vió y oyó, únicamente quedan reliquias en las más apartadas provincias de España. Y es, Señores, que los caractéres históricos, que se hacen viejos en las naciones, van borrándose gradualmente y de arriba abajo, así como de arriba abajo penetran y se extienden tambien los que han de sustituirlos. El mundo que conoció Calderon se acabó con el siglo décimoséptimo, y con el décimoctavo el que peculiarmente conoció y pintó don Ramon de la Cruz; así es que puso éste último en escena la antigua España, que se extinguia, miéntras Moratin sacaba por primera vez al teatro los tipos de la España nueva y de la nueva Europa. Tan ambicioso y sutil fué, con todo eso, el espíritu del siglo, que, no contento con apoderarse del genio de Moratin, se entró tambien calladamente por los sainetes de manolos y majas de D. Ramon de la Cruz, depositando en ellos muy tempranos y prolíficos gérmenes de ideas democráticas. Hizo obligacion del caballero, nuestro teatro antiguo, el ser valiente y pundonoroso, y precisas condiciones del criado villano, las de gracioso y cobarde. En el teatro de D. Ramon de la Cruz, por el contrario, todo se lo llevan ya caldereros, taberneros, castañeras y gente del bron-

ce: la gracia, el valor, y hasta el pundonor de cierta especie; quedando reservadas á *Las Señorías de moda*, y la turba multa de marqueses, abates, petimetres ó abogados, petimetras, marquesas, ó beatas, todas las ridiculeces humanas. Y nada prueba tan decisivamente cuán otra fuese la sociedad española del siglo XVIII de la del siglo antecedente, donde entre la aristocracia y la plebe mediaban abismos, como el que les deleitase ver representar, y áun el hacer papeles ellas mismas, en semejantes cuadros de costumbres, á las señoras más encopetadas. Dedúcese de todo lo expuesto, con harta evidencia, á mi juicio, que si las costumbres de las comedias de Moratin no son en sí propias, ni muy interesantes ni muy poéticas, la culpa no es suya; es de su tiempo. Por primera vez en España aparece en sus comedias la familia honrada toda entera, con padres, madres, hijos ó hijas, maridos y esposas. Si colocó siempre á sus personajes en los primeros grados de la clase media, y no en otra, fué porque no se le escondia ya, sin duda, que aquélla era el instrumento, providencialmente apercibido, para llevar á cabo la gran revolucion social y política de la época. No quiso pintar, por lo mismo, á aquella clase con fines satíricos, como D. Ramon de la Cruz en ciertos sainetes, sino con propósitos morales y sociales mucho más altos. Dejó á Jovellanos, á quien la toga autorizaba para tamaña empresa, la reprension de la aristocracia, y la apoteósis de las clases inferiores á D. Ramon de la Cruz; que no parece sino que por su parte presintió ya tambien el gran papel que á sus héroes reservaban las futuras constituciones políticas. Lo que D. Ramon de la Cruz hizo en aquellos sainetes, donde no retrató costumbres históricas de los barrios bajos, fué

algo parecido á lo que intentaron las comedias llamadas de *figuron* en el teatro antiguo. Lo que Moratin, en cambio, pretendia era retratar á los caballeros de su época, como retrataron á los que conocieron, Lope, Calderon ó Alarcon. De todos ellos, es este último sin duda, con quien, por la índole de su talento, puede mejor ser comparado Moratin; y sufre la comparacion dignamente. Alarcon tenía, en verdad, más profunda intencion dramática, más invencion y más facundia; pero Moratin le excedió mucho en la disposicion de sus fábulas, y la verosimilitud y naturalidad de los caractéres y de los recursos dramáticos. Alarcon seduce más y contenta mejor la fantasía por el brillante colorido poético de sus comedias; pero esto, en gran parte, consiste en que, tratando y todo asuntos llanos, son todavía sus galanes quisquillosos y reñidores, y atrevidas y callejeras sus damas; lo cual brinda con mucho mayores recursos para la accion, y con mucha más gallardía para los diálogos que la timidez y formalidad de las damas, ó la parsimonia de aquellos buenos señores con que tenía Moratin que tejer sus fábulas para producir verdaderas comedias de costumbres.

No quiero terminar este ya largo discurso, donde, no sé si acertadamente, he personificado nuestra escuela clásica del último siglo en D. Juan Meléndez Valdés y D. Leandro Fernandez de Moratin, sin decir algunas palabras acerca de la extraña semejanza, ó más bien identidad, de fortuna de aquellos dos ilustres españoles. Ni el maestro Gonzalez, ni Iglesias, ni Jovellanos, que no hizo nunca de la poesía su principal ejercicio; ni Moratin, tan desdeñoso para sus versos líricos; ni Cienfuegos, superior en sensibilidad, aunque tan

léjos estuviera en lo demas de igualarle; ni el propio Cadalso, que habia sido su maestro, disputaron nunca á Meléndez el cetro de la poesía lírica; y no hubo uno solo de sus sucesores, hasta que sobrevino el *Romanticismo* con su irreverencia sistemática, que no le rindiese alto tributo de admiracion y respeto, comenzando por el gran Quintana, que fué su indulgente apologista, cuando con tanto motivo pudiera ser su censor ó su émulo. Para mí bastaria esto solo á patentizar que el ideal ó sistema lírico del siglo décimoctavo fué bien comprendido y encarnado por Meléndez en sus poesías; pues si dentro del gusto y las opiniones en su tiempo reinantes le quedara mucho por hacer, no habria satisfecho tan fácilmente á todos los que de aquellas opiniones y del gusto aquel participaron. Tampoco halló rivales Moratin por su lado, y ni siquiera tuvo censores, miéntras vivieron las doctrinas y los hombres del siglo décimoctavo. Quedó muy por debajo de la reputacion de Moratin la de los trágicos que le precedieron, Montiano, Ayala y Huerta, lo mismo que la de su contemporáneo Cienfuegos; y no sin razon, porque el *El Sí de las Niñas* está seguramente más cerca de cualquiera de las mejores comedias de Molière, que estén de las de Corneille ó Racine ninguna de las tragedias de los referidos autores. Tampoco habrian osado comparar con las de Moratin sus propias comedias Iriarte, Jovellanos ó Gorostiza. La estimacion que las de Moratin alcanzaron fué entre sus contemporáneos tan unánime, que el buen abate Estala no vaciló en calificarlas de excelentes, al tiempo mismo de escribirle á Forner que detestaba al autor; que bosquejando Puigblanch la vida de éste con su ordinaria mordacidad y ódio ciego á los afrancesados, le intitulaba todavía

«justamente celebrado poeta cómico» [15]; que Gallardo, poco admirador de su erudicion, sin reparo alabó su ingenio; que Lista, en fin, el juicioso y cultísimo Lista, al observar que ya no se representaba su teatro, exclamó indignado en cierto artículo: «Tanto mejor; con eso lo cogerá más á deseo la generacion que empieza.» Oidos estos juicios de los críticos de más estima, por su buen gusto, con que se haya quizá honrado aquella escuela, ¿se necesita más para comprender que, dentro de su criterio dramático, alcanzaron las comedias de Moratin casi toda la perfeccion imaginable? Júzguese, pues, lo que quiera del mérito absoluto de Moratin y Meléndez, lo cierto es que uno y otro ocuparon por comun consentimiento, los primeros lugares entre sus contemporáneos; el uno en la poesía lírica, y en la dramática el otro.

A esta igualdad de concepto literario hay que añadir otras semejanzas, no todas envidiables ó lisonjeras. La primera es que, á juzgar con entera imparcialidad, fueron más estimados los dos por algun tiempo, de lo que realmente merecia su respectivo mérito; comparándoles con los sumos poetas dramáticos ó líricos, á quienes se les juzgó superiores. Luégo, al reves, han sido tratados entrambos con palpable injusticia, negándoles calidades indisputables. Grandes, felices y eternos maestros fueron tambien los dos del habla castellana, sobre todo el último, que en la naturalidad y culto gracejo de los diálogos no tiene igual, ni igual en la estructura de los versos sueltos; siendo él, ademas, quien más se acerque á Cervántes, de todos nuestros escritores, en el hábil manejo de la prosa castellana. Por último, lo propio Moratin que Meléndez vivieron ya dias

oscuros y perturbados, y en ellos la fortuna los visitó, á las veces, con efímeros favores, no sin cobrar cada favor en largos padecimientos. Sacáronlos de entre sus libros, unos poderosos para ensalzarlos, y otros poderosos para perseguirlos, experimentando alternativamente, ya el gárrulo aplauso, ya el fácil aborrecimiento de la muchedumbre. La casualidad les colocó cerca del poder público, sin disfrutar ni apetecer sus insanos placeres, y compartieron, no obstante, las terribles y ciegas responsabilidades que con frecuencia impone. Fué, en suma, la mayor desdicha de ambos alcanzar una época en que la luz de la conciencia no bastaba á distinguir el bien del mal; época en que sólo llevaban la voz las pasiones, miéntras ellos obedecian á los preceptos de la razon únicamente. Vióseles, por eso, en la invasion injusta y la sangrienta guerra extranjera, seguir la parte que prudentemente pensando debia obtener el triunfo, y fué á la larga vencida; vióseles detestar la iniquidad de los invasores y creer con todo en el buen éxito de aquella iniquidad avasalladora; vióseles amar, como todos los hombres de bien, la independencia nacional, y temblar ante el tumulto, la irregularidad y la violencia de los medios con que habia que sacarla adelante. Débiles sí, pero inocentes desertores del ódio de la patria; burlados en sus maduros juicios y en sus honradas y pacíficas intenciones; vencidos por sus hermanos, perseguidos y anatematizados por sus propios admiradores; ignominiosamente echados, al fin, del nativo suelo, que idolatraban, ambos, por fin, acabaron sus dias en suelo extraño.

Y al ménos hallaron los dos allí sepultura honrosa y epitafios elocuentes, que anunciasen ó recordasen á los pasajeros sus nombres y glorias literarias, así como el comun

infortunio en que éstas pararon. Pero transcurrió el tiempo, y en horas malhadadas fueron traidas unas tras otras sus cenizas á la córte de España, donde hoy por igual están olvidadas; ofreciendo inútil prueba, por lo frecuente, de la imprevision y negligencia con que se comienzan y prosiguen las *cosas de España*. Más fácil será, á la verdad, consentir que, al cabo, huellen nuestros descendientes el polvo de todos los grandes hombres españoles, poco á poco reunidos en Madrid con grande estrépito, que no guardarlos, como bien ó mal hacian nuestros padres, ménos generosos tan sólo en ofrecer apoteósis y monumentos. Si alguna vez (cual deseo más que espero) se trata de remediar esa falta, séame lícito pedir desde ahora que Meléndez Valdés y Moratin no queden para los últimos, porque, tales como ellos fueron, constituyen verdaderas glorias nacionales, y si bien el período literario que personifican se presta á censuras y aplausos, nunca deben escatimarles su respeto los que no es seguro todavía que hayan creado otro mejor.

HE DICHO.

NOTAS.

---

[1] Archivo de Simancas, E., 2516-52. Por *controversias* se entendia entónces expecialmente aquellas materias teológicas y morales que daban lugar á dudas graves. Véase *Controversista* en el Diccionario de Autoridades.

[2] La lista del número de cátedras de estudios reales que en 1675 mandó fundar y dotar el rey Felipe IV en el colegio Imperial de Madrid, prueba que su gobierno no olvidaba las ciencias; pero no encontró ya quien las enseñase de véras en España, y fué aquél un ensayo frustrado.

[3] *Vida, ascendencia, etc., del Dr. D. Diego de Torres Villarroel,* escrita por él mismo.—Cuarto trozo.

[4] De esta opinion, que atribuia ya una especcie de *gongorismo* á nuestros escritores latinos de Roma, fué el autor de un libro escrito hácia 1665, y bastante imparcial, que se publicó en París en 1670, intitulado *Mémoires curieux envoyez de Madrid,* el cual se cita en el texto. Más conocidas son aún las indicaciones de Tiraboschi acerca de Séneca el retórico, que dieron lugar á tan viva réplica por parte del Abate Lampillas. Véase el lib. I, cap. III, con las notas, de la segunda edicion de la *Storia della Letteratura italiana* de Tiraboschi.

[5] Sobre las ideas literarias de Feijóo me ha hecho fijar la atencion últimamente el libro de D. Gumersindo Laverde, intitulado *Ensayos críticos.* Lugo, 1868.—Páginas 435 y siguientes.

[6] *Oracion eclesiástica funeral en las solemnes exequias del príncipe de la poesía española, Frey Lope de Vega Carpio.*—Madrid, 1635.

[7] *Obras póstumas de D. Leandro F. de Moratin,* publicadas de órden de S. M. Madrid, 1867.—Tomos I y II.

8 Moratin conocia, seguramente, las obras trágicas de Alfieri y de Monti, segun se ve en su *Viaje á Italia*, y juzgó no sin acierto al primero; pero no manifestó respecto á ellos ningun entusiasmo, segun se dice en el texto.

9 *Discurso sobre el influjo que ha tenido la crítica moderna en la decadencia del teatro antiguo español, y sobre el modo con que debe ser considerado para juzgar convenientemente de su mérito peculiar*. Madrid, 1828.—Páginas 3-56 y otras.

10 *Del estado presente de la literatura en España*, etc., por D. Manuel Sanz de Casafondo. Tomo XXVIII del *Semanario erudito*.

11 Decia Moratin esto para explicar el éxito de las tragedias de Shakespeare y de las comedias de nuestro teatro antiguo, así como su superioridad sobre las obras correctas, pero sin ingenio, que solian representarse en su tiempo.

12 Contradice esto, respecto á nuestro poeta, la opinion de su biógrafo Silvela; pero, miéntras más reflexiono en ello, con sus obras delante, más me persuado de que la inventiva de Moratin era escasa.

13 *Mémoires curieux*, etc.; libro ya anteriormente citado. El viaje de Sommerdyck es el más interesante y el más imparcial de todos.—Véanse sus capítulos IX, XX y XXI.

14 Me contentaré con citar, porque basta, el caso que contiene el tomo XXII, página 39 y siguientes, del *Semanario erudito*.

15 *Opúsculos gramático-satíricos*, tomo I, prólogo. Obra impresa, como es sabido, en Lóndres.

